

Rebeca

Lo que la abuela me contó

L. Miguel Torres Encalada

Cuando llegó al anfiteatro para escuchar las conferencias programadas para ese día, el salón se encontraba repleto. El Aprendiz se quedó parado en el umbral de la puerta de ingreso ya que todos los asientos estaban ocupados y no había un solo espacio entre la concurrencia. Esa posición incómoda no le impidió escuchar las ponencias de los expositores. Entre los invitados se encontraban grandes personajes de las letras: poetas, novelistas, relatores y ensayistas de renombre mundial. El conocimiento de la presencia de tan distinguidas personajes provocó mucha expectativa en toda la comunidad intelectual, misma que se volcó masivamente al auditorio para conocerlos en persona, y escuchar las anécdotas, así lo anunciaron, que ellos tenían preparados para compartirlas.

Uno a uno, los laureados iban desfilando por la tribuna y relataban de manera sublime sus historias. Cada quien con su estilo particular y con su simpatía exquisita hacían las delicias de los oyentes. Luego de cada una de las intervenciones tronaban a rabiar los más sonoros aplausos. El Aprendiz se sentía en el cielo, embobado con tanta mezcla de palabras, escuchando el uso impensado de adjetivos y adverbios, de frases formando versos y versos formando párrafos asombrosos, oraciones contraponiendo el sujeto con el predicado y viceversa, volviendo los modificadores directos en complementos indirectos, los pasados en futuros y los presentes en futuros pluscuamperfectos.

Luego de escuchar tanta sabrosura le correspondía el turno al afamado novelista Gilberto Garcés Martínez quien había ganado el Premio Nobel de Literatura con el libro: *“Un siglo en tu compañía”*. —Novela que apenas salió a la venta

en los escaparates de la librerías, El Aprendiz, logró apropiarse de un ejemplar una manera un tanto fraudulenta, pues, lo pidió a un amigo bibliotecario, ofreciéndolo pagar con el sueldo de la primera quincena del mes, pero, esa misma tarde, lo devolvió argumentando que había conseguido un ejemplar de tiraje popular mucho más barato; el amigo tomó de vuelta el libro sin saber que ya había sido leído. El Aprendiz lo leyó con avidez y de una sola sentada en un banco del parque cercano a la librería.

El escritor ingresó al estrado con su inimitable bigote encanecido y su guayabera multicolor. Las loas y vítores no se hicieron esperar; fueron las palmas tan ruidosas que gente de las Malvinas, inmediatamente después, dieron cuenta del hecho por las redes sociales y manifestaban que tenían temor que fueran naves extraterrestres venidas de las pampas argentinas a recuperar los territorios perdidos. Gibo, así conocía el pueblo al gran escritor, sacó dos hojas del bolsillo trasero de su pantalón de mezclilla, las desdobló y se dispuso a leerlos. Habló de un Coronel que nadie le escribía y de los laberintos de un General buscando la libertad de un país en donde los cielos eran rojos y amarillos y las playas azules; de una patria en donde la gente volaba y la vegetación se había convertido, en pocos años —gracias a la magia imperialista—, de un verde y radiante esmeralda en un negruzco retinto de contaminación pétrea. Los relatos provocaron el éxtasis de la concurrencia. Las mujeres se desnudaron, y lanzaron sus bragas y sostenes al escritor; los jóvenes prorrumpieron en llantos desenfrenados y los viejos se desgarraron las corbatas y las levas. Los organizadores viendo el comportamiento surrealista de la gente estuvieron tentados de suspender súbitamente la intervención del Nobel, pero, tal medida no hizo falta porque, a tiempo, dio inicio con la narración de la Mama Grande, y los ánimos se calmaron. Las mujeres, un tanto avergonzadas y tapándose sus partes púdicas con las dos manos,

se acercaban una a una a la tribuna a reconocer sus prendas; los jóvenes se limpiaban los mocos en las mangas de sus camisas y los veteranos se arreglaban sus ropas maltrechas.

Cuando la tranquilidad retornó al lugar, los presentes estaban listos para servirse el plato fuerte: la participación del mejor escritor del Universo y de todos los tiempos. La comisión responsable del éxito del evento había dispuesto que su presentación se realizara al final de todos los participantes, como para cerrar la programación con broche de oro.

Los bocaditos literarios se terminaron, y había llegado la hora para degustar el exquisito plato fuerte del menú preparado. Luego, por supuesto, habría tiempo para saborear un delicioso prostre...

El Poeta, Paúl Merino, ingresó al estrado; su figura un tanto regordeta, su testa calva adornada con una rama de olivo, y con la mirada de ojitos dormilones, caminó pausadamente hacia el estrado. Cuando estaba a medio camino de la plataforma giró su vista noventa grados en dirección al público y saludó cordialmente a los concurrentes. En la sala reinaba un silencio sepulcral con las miradas clavadas en su figura. Del fondo del forro de su leva alcanzó un minúsculo pedazo de papel arrugado y lo aplanó en el atrio del púlpito; sorbió un bocado de agua del vaso colocado a un costado, y lanzó un pequeño e imperceptible salivazo a su espalda. Los concurrentes miraban expectantes y esperando ansiosos que diera lectura a un nuevo poema de amor. Con su mano libre dio unos pequeños golpes al micrófono para verificar su funcionamiento. Una vez que verificó que todo estaba en orden, se dispuso a leer. Y leyó: “Las uvas en tu cuello desnudo de cisne me gustan más que cuando estás en silencio”. Enseguida, estrujó el papel y lanzó al cesto vacío donde hace poco estaba repleto de ramos de flores. Acertó. El público se levantó de sus asientos y prorrumpió en ruidosos y desacompa-

sados aplausos durante más de media hora. El Aprendiz estaba desconcertado: no sabía si los vítores eran por el pequeño poema leído o por la atinada canasta realizada. El Poeta se inclinó frente a la muchedumbre agradeciendo el reconocimiento recibido. En ese movimiento exagerado, la aureola de olivo que adornaba su cabeza, cayó al piso; y, su edecán, un militar de alto rango, se acercó a recogerlo, mas, tropezó en la alfombra, trastabilló y puso sus malolientes botas en la corona. Los seguidores del escritor, en tropel, se abalanzaron para castigar al atrevido; en ese instante, ante el inminente ajusticiamiento, desenvaino su metralla, apuntó a la multitud y mantuvo quieto a las malas intenciones.

No tardó en calmarse el incidente; y llegó el turno para servirse el postre. Los concurrentes, temerosos y expectantes, aguardaban la llegada de lo que sería la cerecita del pastel de aquella intensa jornada lírica. Entonces, ingresó al estrado una despampanante mujer. Cubría, premeditadamente, las partes voluptuosas de su escultural cuerpo, un vestido negro aperlado muy provocativo; el escote de la parte trasera le llegaba hasta donde la espalda pierde su nombre y el delantero le llegaba hasta el mismo centro de las ilusiones masculinas. El corte de la falda dejaba entrever unos muslos carnosos y bien torneados. Su cuerpo se movía al vaivén de las olas del mar y sus ojos lanzaban chispas y destellos de luna llena. Los caballeros, con la boca abierta, la miraban codiciosos, y en muchos de ellos las babas se les escurrían por las comisuras de los labios; las damas, escandalizadas y celosas, exclamaron: *¡Cómo se atreve la fulana a salir vestida así...!* En tanto, la dama, no dijo ni una sola palabra, y empezó a bajar por los escalones con movimientos cada vez más cimbreados y sensuales, provocando en la audiencia varonil una euforia que los hacía levitar de sus asientos. Se encaminó con dirección a la puerta de ingreso; al pasar por el pasillo recibió una oleada de besos volados y cientos de manos se estiraban para tocar tan

preciado cuerpo. El Aprendiz que estaba parado bajo el dintel de la puerta de acceso no salía de su asombro; quedó embozado al notar que las miradas de la mujer iban dirigidas a él. La dama, mientras caminaba —puede decirse que volaba, pues, apenas sus pies tocaban el suelo—, extendió su brazo y con el dedo índice hizo un ademán indicando que se acercara a ella, la señal le instaba provocativamente. El Aprendiz miró a su alrededor para estar seguro que la invitación estaba realmente dirigida a él. La mujer sonrió y apuntó con su dedo señalándole nuevamente, movió su mano y repitió el gesto con su dedo índice para que se aproximara. Las miradas envidiosas de la concurrencia se clavaron en la figura de aquel minúsculo personaje. En las caras se podía leer: *¿Cómo es posible que una dama tan distinguida, guapa y elegante pueda fijarse en esa persona insignificante? ¿Será esto, acaso, parte del show...?* El Aprendiz no se movió de su lugar y la mujer continuó en su dirección. Cuando estuvo cerca del Aprendiz se abalanzó a su cuello y levantó su pierna hasta media cintura. Aturdido, El Aprendiz, trató de soltarse y salir corriendo del recinto. Pero sus piernas no le respondieron. La mujer lo sujetó por su cintura y le estampó un sonoro beso en la boca.

Se despertó sudoroso, su pantalón de dormir estaba mojado, su cuerpo olía a mujer de burdel. Se acomodó en su cama, respiró hondo varias veces, sonrió, y se dijo: *Esto no me van a creer mis amigos...*

2

Paúl Merino y Gilberto Garcés eran sus amigos del alma desde guambras. El Aprendiz llegó a vivir en el “*barrio de la zapatería*” cuando iba a cumplir la edad de doce años, pero, sus amigos eran oriundos de la zona; ellos habían nacido en ese populoso, temido y reconocido barrio de Cuenca. En ese entonces, Paúl, era un muchacho un tanto regordete, tenía el cabello negro encrespado, una sonrisa amplia y era conocido por ser un muy buen contador de *cachos*; se podría decir que era feliz, pero sufría una gran pena interna. Una pena que no logró superar en toda su vida. Gilberto, en tanto, tenía un cuerpo atlético, era alto y musculoso y llevaba infaltablemente, en el bolsillo de atrás del pantalón, una peinilla de cacho de vaca para someter continuamente, babas incluido, a su indomable pelo lacio.

Apenas llegaron al nuevo vecindario, El Aprendiz, salió a la calle, mientras su familia se acomodaba en el segundo piso de la casa de los Torales; allí se encontró con dos chicos que se divertían jugando a las canicas en las polvorientas veredas adyacentes a la vivienda. Los miró de soslayo sin atreverse a entablar amistad. Los chicos tampoco le prestaron atención y siguieron en sus recreaciones sin percatarse de su presencia. Estuvo largo tiempo mirándoles tinger sus bolitas; a veces, los muchachos se alejaban del lugar pero, al poco rato, se devolvían al sitio donde él estaba parado. Entonces, El Aprendiz, cogió una enorme bola de cristal y derrumbó a todos los soldaditos de juguete, varios jinetes montados en los caballitos de plástico de un solo color verde oliva, volaron en todas las direcciones. La bola en su paso raudal golpeó al soldadito de plomo provocando que se cayera al fondo de la cu-

neta repleta de lodo. El uniforme de militar se embarró, el fusil, y el caso desgastado, cayeron al suelo convertidos en mil pedazos. El soldadito todo sucio, pero sin perder su compostura, empezó a vociferar, impartiendo órdenes a los peces que viajaban en dirección al mar. Los crustáceos no le hicieron caso y pasaron de largo sin siquiera mirarle. Un niño, tras los cristales de la ventana de su casa, empezó a gimotear viendo como sus héroes de plástico sucumbían ante el fiero enemigo; aquella bolita de cristal gigante se parecía a una bomba nuclear. *¡Semejante proyectil hubiera sido suficiente para acabar con los ejércitos rusos y alemanes!*, lloraba. Para huir de la masacre, pensó el niño, debía atravesar el territorio enemigo completamente minado. Los hombres que osaban cruzarlo pisaban las minas provocando explosiones que les arrancaban las piernas y los brazos; muchos perdían hasta las cabezas. Con los cuerpos mutilados y sus miembros ensangrentados o sin testa, se esparcían en el campo de batalla esperando la muerte. Desfallecían con la esperanza de convertirse en las glorias de la patria. Los generales, en la retaguardia, daban órdenes de atacar, de aniquilar al enemigo. El niño, ostentando el grado de Capitán, iba de un lado para otro, pues, no sabía a qué mandato atenerse: u obedecía a su madre o a la santa iglesia o a sus mandos superiores. No matarás, estaba escrito en su frente y rebullía en su mente los dogmas aprendidos en la catequesis. Aturdido entre la confusión de tantos caídos y heridos, de estridentes gritos y lamentos, iba pensando en la triste historia de su querida patria. El país no se destruirá por las guerras ni por lo terremotos sino por los malos gobiernos. Escuchaba a lo lejos tronar los disparos de las metralhas, las balas pasaban por su casa silbando como cuetes en la fiesta del Septenario. Las granadas, lanzadas por un muchacho balota y valiente, destruían las casas y los sembríos de sus amigos y vecinos... Este mes no hay trigo

ni maíz; si quieres beber leche también deberás comprar el pan...

Los aviones pasan zumbando los cielos y dejan caer chicles a gogó envueltos en propaganda imperialista. Los animales chillan, los niños lloran... Las madres se santiguan y su padre se lustra los zapatos de combate con el auténtico betún panameño...

Los muchachos habían terminado su juego y se percataron de un niño desconocido con la mirada perdida, le saludaron:

—¡Hola! —dijo uno de los chicos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el otro.

El Aprendiz saliendo de su ensimismamiento, mientras sus imaginaciones volaban al país de la realidad de los mayores, miró a los chicos que le observan con mucha curiosidad. Se limpia los mocos con la manga de su chompa y responde tímidamente a las preguntas.

—Este... sí, claro que me llamo...

—¡Bueno, está bien! —dijo Gilberto. Y, todos se rieron a carcajadas.

Al rato, el nuevo vecino, ya se encuentra corriendo detrás de Gilberto y Paúl, y ellos ya le reconocían por su nombre de pila. Empero, ni siquiera pasó la tarde y ya se les había olvidado su nombre.

Con el tiempo, el nuevo chico aprende de ellos a jugar a los trompos y a las huequitas, y muchos otros juegos que él nunca sabía que existieran. Juegos extraños para un niño como él. Criado en un barrio donde la gente nunca sale de sus casas, donde los chicos no son los amigos de barrio, donde los vecinos apenas se saludan. ¿Cómo dijo que se llamaba? ¡Qué importa...! De ahora en adelante tendrá el mote de El Aprendiz. Sí, ese será su nombre y con ese nombre se inscribirá en la escuela, en el colegio, en la universidad, y, luego, colgará en pared un título cualquiera con el nombre de El Aprendiz, y su

mujer será la esposa del Aprendiz y sus hijos serán los hijos del Aprendiz; su tumba llevará una lápida que diga: Aquí yace el Aprendiz... Eso. El Aprendiz. Así lo reconocerán en el cielo si tiene suerte de ir a ese lugar; pero, con toda seguridad, con ese nombre, responderá en el infierno.

Los días son eternos junto a sus amigos; y, con ellos, aprende a tocar la guitarra y, después, a manejar la bicicleta alquilada en el taller de la esquina.

Los primeros acordes desafinados de la guitarra de palo resuenan en el aire de la calle; los vecinos adultos, al pasar frente al grupo, los miran y sonríen complacidos; las chicas pasan una y otra vez por el lugar observando con ojos pícaros y sutiles a los improvisados artistas. Las canciones se elevan en el ambiente bohemio y logran invadir la soledad de alguna anciana que, al escuchar las tristes melodías, recuerda los serenos recibidos antaño por sus enamorados. No hay pretensiones de convertirse en cantores de fama, sólo la neta diversión al entonar las nuevas melodías de Paúl Sol, de Aulo Gelio, de Los Cuervos y Los Corvets; canciones tantas veces escuchadas en la única radio a pilas del barrio, la del zapatero Muñoz. Poco después, las serenatas triviales e inocentes, fueron acompañadas de varias botellas de Cristal o Zhumir; licor bendito con el cual embriagaban sus mentes, y echaba a volar sus sueños y sus cuerpos al infinito.

Y ahí están, lastimándose las yemas de los dedos con cada punteada, consiguiendo alguna nota coincidente con la canción cantada, gritando a voz en cuello las melodías de moda. Gilberto sentado sobre una ruma de ladrillos abraza su guitarra de palo, los dedos largos de su mano izquierda se posan en los entraste de manera extraña y con su mano derecha rasga las cuerdas de metal. Cuántas veces colocó mal sus dedos y los sonidos estridentes, como chirridos de carro viejo,

se esparcieron en el viento haciendo las delicias del encantamiento juvenil. Los minutos eran horas, los días toda una eternidad.

Fue todo un acontecimiento la primera vez en que Paúl trajo la bicicleta al grupo. La forma peculiar del manubrio y las ruedas gruesas que giraban con los pedales al dar la vuelta la catalina definía el lujo de la posesión. Todos decían que era de color roja, pero creo que aparentaba este color, pues, lo colorado se debía a que los tubos estaban oxidados, y lo teñido de rojo ya quedaba pocos rezagos. Y no les importaba que no estuviera dotada de frenos, bastaba con gastar las suelas de los zapatos de lona para que el frenazo sea efectivo. Esta reliquia la había comprado el novio de su hermana mayor en el taller de alquiler de las bicis y le había regalado para que el muchacho anduviera lejos cuando él iba de visita a la ñaña. Los muchachos recorrieron el mundo entero montando, por turnos, el ajado aparato. Había que ver la osadía de caber los tres en el cachivache cuando los caminos iban de bajada: Paúl sentado en la montura con sus manos en el manubrio, el conductor oficial; Gilberto parado en los pernos de la rueda de atrás y apoyando su manos en el cuello de Paúl; y, El Aprendiz, sentado en el recuadro delantero del chofer. Como flechas se disparaban cuesta abajo gritando a voz en cuello para que la gente se apartara de su intrépida maniobra.

Llevando la bici a hombros alcanzaban la cima de las lomas del Bonicate o al final de la cuesta de la cárcel de varones. Llegaban a la cumbre sudando a raudales. Les tomaba un buen tiempo y un esfuerzo sobrehumano alcanzar la cima, pero el trabajo se veía recompensado al sentir la inmensa emoción y alegría, reflejada en sus rostros felices y despreocupados, cuando bajaban las pendientes a una velocidad superior a la del rayo.

Cuando no estaban tocando guitarra o paseando en la *chiva*, estaban sentados en el filo de las aceras o metidos en

el zaguán del alguna casa escuchando los chistes que les contaba Paúl. Las historias que inventaba eran inéditas y fantásticas, y al final de cada una de las ficciones relatadas, las risas y las carcajadas invadían los cielos, llenando el firmamento de millones de estrellas titilantes; despejaban los grises nubarrones del invierno y disipaba el hambre de una tarde entera sin bocado. En aquellas tardes interminables, las ilusiones volaban hasta los horizontes de un futuro próspero, llenos de riquezas y cálidas pasiones.

Y fue Paúl quién tuvo la idea. No podría habersele ocurrido a nadie más que a él. Lo comentó en secreto a El Aprendiz y le digo que no le avisara a Gilberto mientras no estuviera bastante avanzado el plan. No. No es que tuviera miedo de contarle, pero sabía que no lo iba a entender. Y que si le contaban ahora estaba seguro que, Gilberto, haría lo imposible para que la propuesta fracasara. “*No hay cuidado, no te preocupes*”, le aseguro El Aprendiz. Sin embargo, El Aprendiz, desconfiaba de que el secreto estuviera en buena lengua. ¿Cómo hacer para que no se entere antes de tiempo?, era una preocupación constante que no mantenía intranquilo.

Una tarde, luego de las clases de la segunda jornada, después de hacer sus deberes, El Aprendiz se reunió, a escondidas, en la casa de Paúl. Paúl le hizo jurar que acudiría solo y que nada de su plan lo supiera nadie.

Paúl había logrado conseguir algunos de los materiales necesarios para su emprendimiento; los había comprado, al precio casi irrisorio de dos fiambres diarios no consumidos: cuatro reales, en la carpintería no lejos de la vecindad. Los materiales procurados consistían en una media tabla de eucalipto sin cepillar, varios trozos de tiras de madera de laurel y una cantidad apreciable de clavos torcidos y herrumbrosos. Otros elementos: cuatro rulimanes, un faro y una batería a

medio uso, le había regalado su hermano mayor que trabajaba como oficial en la mecánica automotriz. Con esto, pensó, creía tenerlo todo lo necesario. Apenas entró El Aprendiz en la habitación de Paúl se sorprendió al ver los cachivaches. *¡Caramba, parece que la cosa va en serio!*, le dijo.

—Pues claro, compadre, —le respondió—. Sí —añadió—, pero, lo que estamos haciendo debemos guardarlo como un gran secreto; nadie debe enterarse de lo que estamos haciendo...

Enseguida, se pusieron a trabajar: tomaron la tabla, señalaron con un trozo de carbón los tajos que debían hacer y con el serrucho de su padre realizaron los cortes predispuestos: un extremo con la forma de una punta de flecha; y, el otro, basta recortar las puntas para que tenga la forma de un medio hexágono. Se tardaron más de lo previsto en preparar el tablero, pues, serruchar la madera de eucalipto no fue tan fácil como lo supusieron al principio; además, luego de haber efectuado los cortes, estos, quedaron demasiado rugosos y decidieron lijarlas para eliminar las astillas y así evitar que en el futuro les rasgara sus pantalones y se les hincara en sus traseros. Sudorosos y con sus vestidos cubiertos de viruta salieron a la calle a respirar un poco de aire fresco. Gilberto estaba en la esquina esperándoles impaciente. Había emitido algunos chiflidos con la tonalidad acostumbrada pero, estos, no fueron escuchados por sus amigos por estar ocupados en su tarea misteriosa.

—¿Qué estaban haciendo? —les preguntó—. Ya casi es una hora que les estoy silbando. Averigüé en sus casas, pero no sabían dónde se habían metido... ¿Qué me están ocultando?

—¡Nada... hombre, nada! —le espetó Paúl, y tratando que sonará convincente, añadió—: Estuvimos realizando un trabajo de manualidades de una tarea del colegio...

Confiado en la respuesta dada, Gilberto no hizo más preguntas, y corrieron entusiasmados, llevando consigo la pelota de plástico, hacia la cancha de fútbol del barrio; es decir, al potrero ubicado a sólo una cuadra de sus casas.

Desde ese día, todas las tardes se repetía la misma historia; Gilberto se impacientaba, porque siempre qué preguntaba recibía la misma respuesta: “...un trabajo de *opciones prácticas*...”

Agitado, con la brocha en mano, desliza con cuidado y delicadeza el barniz encima del retrato pegado al tablero. Toda la semana le había tomado dar forma a su trabajo. Conseguir la imagen precisa y adecuada no le resultó una tarea fácil. Cientos de revistas repasadas y miles de recortes tirados por toda la habitación alfombraban el piso y servían de cubre-cama su lecho. “*Muchos son los elegidos pero sólo uno el escogido*”. Una vez que consiguió el apropiado debía tenía que quemar las puntas del cuadro en el reverbero dándole la apariencia de ser un cuadro desgastado por el tiempo; enseguida pasar una suave chapa de engrudo y colocarlo en el tablero sin que se arrugue la lámina. Lista la tarea de un día. Dejar que seque hasta otra jornada. Al día siguiente colocaba *peganol* en los márgenes, alrededor del cuadro. Y hacía llover arena sobre el pegamento. Un material que ya lo había preparado con anticipación: una cantidad apreciable de arena cernida en la coladera de la cocina. Y dejar que seque. Tercer día: sobre la arena seca añadía otra capa de cola surcándole con figuras diversas, dejar reposar un momento y realizar otro riego de arena fina... Cuarto día: con soplos contundentes y precisos eliminar de los bordes la arena que no se había adherido. Añadir nuevos arabescos con *peganol* y arena. Quinto día: el acabado final. Pasar una o dos manos de resina de barniz. La opacidad de la arena ahora refulgía con un brillo parecido al que refleja el sol en el asfalto.

El retrato quedaba bellamente enmarcado. El trabajo quedaba listo para la exposición en la famosa Galería de la ciudad, resaltando entre los cuadros más famosos del mundo. Después de la fama adquirida estará en exhibición en el museo de Louvre, junto al retrato de la Mona Lisa y a las obras de arte de Leonardo da Vinci, de Rubens, de Van Gogh, de Gauguin... Y millones de visitantes diarios elogiarían el cuadro del Maestro Gilbert —así, sin la “o”, para que sonara como un nombre extranjero; sí, así se llamaría luego de alcanzar la fama y la fortuna—. La prensa especializada pujando por alcanzar una entrevista suya y él negándose a recibirlos; miles de damas bellas y voluptuosas postrándose a sus pies ofreciéndole sus cariños y él rechazando las propuestas; hoteles de lujo y comida gourmet todos los días: el caviar, el risotto italiano y el salmón del Mar Caspio... le esperaban a la vuelta de la esquina, y él, sirviéndose el mismo fiambre cotidiano de una rebanada de pan con un pedazo de quesillo.

“¡Estos maricones algo deben estar tramando! ¿Por qué no me quieren decir nada? ¿Qué tipo de trabajo les mandaría el profe de tarea...? ¡Chuta, estos manes son unos hijosues...!”, se recriminaba, rompiendo el encanto de los recuerdos estudiantiles.

Como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, llegó el momento de decidir la hora y día para mostrar, al vecindario, al mundo entero, el invento realizado. Estaba completamente terminado y no ameritaba esperar más tiempo para su exhibición... Y realizar las pruebas de funcionamiento. *“Debe ser en la noche”*, había recalcado Paúl. ¡Claro, no puede ser mostrado en el día...! ¡No se notaría la novedad! Creo que ya es hora de contarle a Gilberto sobre nuestro trabajo. No. No le digamos nada. Sólo le diremos que se asome en la noche para jugar. Está bien, hagámoslo así.

Y, ahí estaban. La noche oscura como la tinta era propicia para mostrar el proyecto. Un carrito de madera, con ruedas de rulimanes. Nada fantástico. ¡Cuántos ya los habíamos hecho anteriormente! Pero este era diferente. Tenía un faro en la parte delantera e iba sujetado al tablero con dos cordones de zapato; la batería se encontraba debajo del asiento del conductor y los cables que los conectaban estaban camuflados discretamente debajo del tablero. Gilberto quedó sorprendido. Y aliviado porque sus amigos ya no esperarían en vano a que consiguiera un puesto al lado de Rembrandt. Él también se lamentó. Los anhelos se esfumaron por detrás de los techos de los techos rojos y cafés, de las tejas verdosas y sucias de la escuela pública, y sentía que los sueños caían estrepitosamente desde las alturas de la gloria, se golpeaban en la cancha encementada de indor-fútbol y se hacían trizas. Sus sueños no rebotarían como sucedía cuando arreciaban los golpes del balón en los partidos amistosos en el barrio. Pero tenía otro delante suyo; uno que lo convertiría en el Meteoro del barrio. Enseguida salió del ensueño cuando escuchó la algarabía de sus amigos.

—¡Súbete, Gilberto! —le apremió Paul.

Temeroso tomó asiento, y Paúl hizo la última conexión faltante. Algo nunca visto en un carrito de madera se hizo patente. El alambre que unía al faro delantero con la batería había hecho contacto. El foco iluminó todo el horizonte. La mirada de Gilberto se confundió con la luz y observó los mínimos detalles que las baldosas de la acera y los adoquines de la calzada; los mosquitos despertaron pensando que había llegado un nuevo día; los amantes del zaguán apresuraron la despedida tras ser descubiertos...

Y lo empujaron calle abajo, mejor, acera abajo. El carrito se deslizó veloz en medio de la algarabía infantil, viajando raudo por la acera, sin control. La jerga atrajo a los otros guambras de la barriada que miraban absortos al primer

carro de madera con iluminación nocturna. Las dos chicas más bonitas de la cuadra escuchando el barullo proveniente de la calle salieron a la carrera de sus viviendas; se abrazaron y con risitas disimuladas y miradas coquetas elevaron sus quimeras al infinito buscando entre los chicos pobres de la zona al galán, guapo y a-fortuna-do, , que les acompañaría por el resto de su corta juventud. Meteoro cruzó veloz sin percatarse de las miradas celosas de los muchachos y sin prestar atención a los cuchicheos de las niñas; y se encaminó hasta la curva más riesgosa del trayecto. El vehículo logró salir triunfante del percance. El faro seguía iluminando triunfante. El carrito se detuvo al final de la acera donde se alzaba la pared una vivienda derruida, construida hace cientos de años, fuera de línea de fábrica. “*¡Volvamos a repetir el recorrido!*”, dijo Gilberto. “*Desconéctale la batería, manifestó El Aprendiz, se puede desgastar...*” Regresaron llevando en andas todos los instrumentos hasta el inicio de la pista. Felices a rabiar. El experimento había resultado todo un éxito. Se felicitaron por el triunfo alcanzado y de aquí a ir a estudiar en la Nasa era sólo un paso. El turno siguiente de conducir le correspondía a El Aprendiz. Habían acordado cerrar el la presentación de tan espléndido invento con Paúl detrás del timón. El genio de la nueva industria automotriz debía cerrar con broche de oro la jornada.

La segunda ronda, igualmente alcanzó la victoria esperada. Decenas de chicos del barrio, y de otros que habían acudido para ser testigos oculares de la proeza, no salían de su asombro y se arremolinaban en derredor del flamante automóvil preguntándose cómo se había logrado la hazaña de tener un coche de madera con iluminación propia. La batería había aguantado las dos primeras vueltas. No se sabía si alcanzaría para una tercera. Pero el reto estaba ahí y había que hacerle frente. No era la hora para desilusionar a las dos niñas

más guapas de mundo entero. Valía la pena la audacia y el atreverse a enfrentar las dificultades.

Paúl se alisó el pelo, se acomodó la chompa y se aprestó a encaramarse al carrito; pero antes miró a la vereda del frente para cerciorarse que las damas seguían en sus sitios. Una vez asegurado la atención del público preferido, se sentó y les dijo a los otros muchachos que lo empujaran. De pronto, del grupo de los chicos de otro barrio, salió un grandulón que haciendo a un lado a los demás guambras tomó los hombros de Paúl y lo empujó con excesiva fuerza. Paúl se tambaleó y no pudo controlar la dirección del coche. El coche dio un porrazo en la pared contigua a la acera, en el tapial de ladrillos de la escuela. La batería rodó hacia media calle y el faro explotó en mil pedazos. La oscuridad retornó al lugar. Las sombras del anonimato y la frustración envolvieron a los muchachos. Durante unos segundos reinó un silencio sepulcral. Enseguida, los lamentos de los expectantes se escucharon a mil kilómetros a la redonda. Las chicas enojadas y desilusionadas retornaron a sus casas, a seguir soñando con el hombre fuerte que supiera cuidarlas en las noches de luna; y, claro, que sea tierno a quién le entregarían sus caricias sin sentirse utilizadas. Jamás con unos mequetrefes que ni un carro de madera pueden conducir. Los sueños de las niñas rodaron por la acera, confundiéndose con los miles de fragmentos del faro. Los anhelos de convertirse en reinas del pueblo y del universo se colaron por las troneras de la calle adoquinada; se subieron a un barquito de papel y vagaron en las aguas de la indiferencia hacia el océano del olvido. Jamás estarían en el podio de la fama abrazando felices al campeón de la enésima vuelta automovilística al Ecuador, rociando champaña granduval a los asistentes y comiendo bocaditos con los príncipes de Asturias. Las fotos del recuerdo, con la polaroid del hermano, en las cuales se las veía besando cándidamente

en la mejilla, o en la boca si se atrevía, al héroe se chamuscaron al igual que el faro antes de retratarse. La tranquilidad de la noche que esperaba impaciente detrás de los cercos de pen-cos y eucaliptos se acomodó en la oscuridad reinante; la única lámpara de la cuadra con su luz amarillenta y rodeada de varias malas-nuevas sonrió débilmente, solidaria con lo sucedido, proyectando sobre el suelo las pálidas sombras de los muchachos que se retiraban al taller a recomponer sus sueños de campeones.

3

Las travesuras infantiles iban acumulándose en el baúl de las quimeras rotas. Las cometas multicolores, de caña y papel crepé, se elevaban al cielo tratando de alcanzar las nubes cargadas de fantasías, pero el calor de los soles otoñales las hacía descargar, a raudales, en lluvias fragmentadas de las ilusiones. Conseguir las estrellas lejanas de la riqueza los llevó por distintos caminos.

Paúl apenas cumplió su mayoría de edad migró al país del Norte. Logró conseguir su pasaporte y visa hasta Panamá. Y, de pronto, ya se estaba embarcando por los derroteros de la ilegalidad y de la ensoñación efímera. El fin justifica los medios, le habían dicho. El día en que se subió al autobús que le llevaría a Guayaquil abrazó con fuerza, y ternura al mismo tiempo, a sus amigos del alma. Una ligeras, pero notorias, lágrimas rodaron en cada una de las mejillas de los jóvenes. Sabían, estaban seguros, que en muchos años no se volverían a ver. Que todo lo vivido había sido tan poco; que los momentos compartidos habían pasado tan rápido como el viento cuando roza nuestra frente sudorosa dejando un suave frescor por tan sólo unos breves instantes. *¿Será el destino?*, pensó El Aprendiz.

A los dos meses de haber partido, El Aprendiz se enteró, de labios de la madre, que recién estaba atravesando la frontera con México. La noticia le cayó como baldazo de agua helada, se sintió abatido y triste; esa misma noche, con Gilberto, comentaron las calamidades y las hambres que debía estar padeciendo. No les quedaba de otra que tener paciencia, y esperar a que llegara sano y salvo al país de las falsas aspiraciones.

En tanto, Gilberto consiguió colocarse de ayudante de mantenimiento mecánico en una fábrica cercana. Estudios relativos en el colegio técnico le habían dado ese chance. Casi todas las noches se encontraba con El Aprendiz en la esquina del barrio para charlar sobre los diferentes aspectos de la vida de cada uno, para comentar las peripecias en el trabajo, y ver pasar la gente por la vereda del frente; y, si tenían suerte, mirar con atención a la vecina casada, guapa y de piel morena, de la casa de altos cuando iba a la tienda de doña Chocha a comprarse un cigarrillo.

Si alguna vez Gilberto no estaba presente era porque le había tocado turno en el trabajo. Bueno, así, al menos, se lo creyó El Aprendiz. Pero, no era así. La mayoría de veces se encontraba de vacile con una de las chicas del barrio. *La más bella de la ciudad*, solía envanecerse. De la misma *hembrita* de la que andaba enamorado El Aprendiz. Por eso, Gilberto, no le había contado nada. Gilberto sabía del atontamiento que ella les provocaba cada vez que, en la puerta de su casa, conversaba con ellos. Es sólo una buena amistad, le había mentido Gilberto. Y, claro, El Aprendiz, jamás se atrevió a declararle su amor. En tanto, Gilberto, más osado, ya le había invitado en cierta ocasión a ir al cine, y, ella no había puesto ningún reparo. Esa misma tarde le propuso ser su gallo. Cuando Gilberto le reveló que El Aprendiz andaba enamorado de ella, la chica se sonrojó. ¿El Aprendiz enamorado de ella? ¿Aquel pelele, bueno para nada...? ¡No! Ella quería un hombre que tuviera un trabajo estable y que dispusiera de hartos dólares para que la invite a comer sánduches de pernil en la Fama o a pasear por la orillas del río Tomebamba saboreando los deliciosos helados de coco y leche de mama Michi.

El Aprendiz continuaba con sus estudios; haciendo honor a su sobrenombre llevaba como karma el espíritu de aprender. cursaba ya el segundo año de Filosofía y Letras.

Pero todo el tiempo andaba *chiro*. Tan pelado como una pepa de guaba.

Un atardecer, cuando el sol pintaba de rojo el cielo, Gilberto vino donde El Aprendiz para decirle que estaba en serios problemas.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no estás en tu trabajo? —le preguntó sorprendido.

—Esta tarde he faltado...

—Pues, supongo... Pero —y acudió a la mente de El Aprendiz, aquello que tanto temía—. ¿No me digas lo que estoy pensando...?

Gilberto le tomó del brazo y juntos fueron caminando calle arriba. Andaban en silencio con la cabeza gacha, pateando todas las piedrecillas que encontraban a su paso. Entraron en una cantina. —Era la primera vez que lo hacían; siempre que bebían lo hacían en la calle, al filo de la acera, les salía más barato—. Cuando ingresaron al local vieron a muchos hombres, ya achispados, sentados en varias mesas de madera rústica. El humo del cigarrillo inundaba el lugar, parecía como si la neblina de la vía La Jarata—La Paz hubiera sido importada a ese recinto. La música de J.J. provenía del fondo salón de una vieja rockola. Los hombres conversaban en voz alta y no les importaba quienes entraban y quienes salían. Todos los libadores estaban inmiscuidos en sus propias divagaciones filosóficas sobre la verdadera amistad y cuál era propósito de la vida; en conversaciones y discusiones de altísimo nivel intelectual. La dependienta era una señora con cara enojosa bastante entrada en años; su vestimenta rotosa era más añeja que ella misma; sus vestidos a más de presentar un aspecto sucio y mal cuidado, era su carácter lo que prevalecía, y ocupaba todo el espacio del recinto cuando emergía desde el cuarto contiguo a atender a los clientes. Apenas ellos ingresaron al recinto les recibió con una mirada de pies a cabeza. Con un

ademán poco cordial de sus manos les invitó a sentarse en la mesa contigua a la ventana que daba a la calle. Ese lugar los ponía al descubierto de la mirada de los vecinos que caminaran por el lugar, por lo que, desearon ubicarse en una mesa alejada de la vista de los curiosos. La mirada fulminante de la dueña les hizo desistir del cambio. Una vez que se acomodaron en sus puestos, se retiró del lugar sin preguntarles que deseaban; pues, si estaban allí era porque querían beber. ¿O no? Enseguida tenían sobre la mesa dos botellas: una de licor y otra de coca-cola, y dos vasos. Gilberto vertió en los vasos una pequeña cantidad de alcohol y los llenó con la soda. Ambos bebieron unos sorbos. El Aprendiz sacó del bolsillo de su camisa los dos únicos cigarrillos que le quedaban y ofreció uno a Gilberto. Fumaron en silencio. Luego de algunas caladas, El Aprendiz le encaró:

—Entonces, ¿qué te pasa? —inquirió a quemarropa.

Gilberto, totalmente desprevenido, se sobresaltó y desvió la mirada.

La tarde del día anterior se despidió, como siempre lo hacía: chocando las manos en medio de bromas ligeras, de sus compañeros de trabajo. Estaba un tanto nervioso, pero se mantuvo tranquilo sin despertar sospecha alguna en sus colegas, nada fuera de lo normal y corriente. Cuando comenzó la jornada vespertina, se acercó donde su Jefe y le mintió que su madre estaba enferma. Le solicitó autorización para tomarse el día siguiente y así poderla llevar al hospital. Gilberto era puntual en anotar el ingreso al trabajo y nunca había solicitado ningún permiso laboral. Así que, en esta ocasión, su Jefe, no puso ninguna objeción al pedido. En la noche, cuando estuvo junto a su enamorada, le contó la mentira que había tenido que hacer para al día siguiente salir a pasearse con ella. Ella rebosaba de contenta por la audacia tomada por su enamorado, y no veía la hora para estarse juntos. La chica no necesitó excusas.

Esa mañana, salió de su casa rumbo al colegio, pero antes de llegar a la puerta de ingreso del establecimiento se desvió con una calle lateral donde la estaba esperando Gilberto. Tomados de la mano recorrieron algunas vías menos transitadas. Conversaban alegres y despreocupados, y entraron a un restaurant pretextando tomarse unas bebidas. Ella iba preparada para esta cita; cuando regresó del baño del local se había cambiado el uniforme del centro educativo por una ropa alegre y sugestiva. “*Ahora sí, estoy libre...*”, le dijo coqueta y sonriente. Salieron de bar y se dirigieron en autobús a la Terminal Terrestre. Allí tomaron un colectivo que los llevó a Azogues. Era la primera vez en sus vidas en que los dos iban a tener relaciones íntimas. Cuando se alojaron en la habitación del motel no sabían cómo comportarse. Delicadamente, Gilberto, la desnudó y él se despojó de sus ropas. Se cobijaron dentro del lecho y estuvieron acariciándose por un largo tiempo; apenas él la penetró eyaculó dentro de ella. Se mantuvieron abrazados dentro de las mantas hasta que ambos se quedaron dormidos. Cuando despertaron, ella le preguntó si lo había hecho con preservativo. Le tomó por sorpresa la repentina pregunta: él estaba convencido que ella sabía cuidarse. *Esperemos que no pase nada*, pensó. Y se tranquilizó argumentando que nada sucedería porque era la primera vez... Cuando volvieron a Cuenca, ella volvió a ponerse el traje del colegio. Se despidieron cerca del ingreso al colegio cuando ya los jóvenes salían para sus casas.

—Bueno, ¿me vas a contar o no? —El Aprendiz le hizo volver a la realidad. Gilberto bebió un largo trago de su vaso, desinhibido por el licor le contó algunos detalles de lo ocurrido.

—Estoy muy preocupado si se queda embarazada...

—¿Y qué piensas hacer si ocurre tal cosa?

—¡Putas...! No sé...

—¡La pelada te obligará a que te cases...! El papá, como sabemos, es un tipo bien fregado. Él no va quedarse con los brazos cruzados. ¿La quieres?

—Bueno... de quererla, quererla... sí. Creo que sí. Ahora de ahí, a casarme con ella... No estoy muy seguro.

La sangre de El Aprendiz hervía de rabia. Él sí estaba dispuesto a casarse con ella, seguía bastante enamorado de la muy gil, aunque fuera a tener un hijo de su amigo. *Este Gilberto es un pobre pendejo*, se dijo. No sabe lo buena que es la pelada... Tenía ganas de soltarle todo la ira contenida y, aunque nunca se habían trezado a golpes, le entraron unas ganas tremendas de lanzarle, en ese mismo instante, un buen trompón. Pero se contuvo y se quedó callado. Miró a su amigo con una mezcla de cólera, pena y solidaridad.

Un poco más de dos meses después del chupe y de lo que le había contado su amigo, El Aprendiz, terminó el segundo año en la Universidad, las notas obtenidas le permitían tener unas cortas vacaciones sin preocuparse de exámenes supletorios. La noche que salió dando la última prueba de rendimiento llamó a su amigo para festejar con él los logros alcanzados. Cuando Gilberto salió a reunirse con su pana, El Aprendiz, notó enseguida que algo andaba mal. Moviò la cabeza, y ni siquiera le preguntó, pues ya intuía lo que le pasaba.

—Ni me digas... ¿Está embarazada?

El Aprendiz que pensó festejar el pase de año, tomando toda la noche ya que no tendría que madrugar, tuvo que contentarse con escuchar los lamentos y recriminaciones de su amigo.

Los enamorados, muy preocupados, hace unos días fueron a la farmacia y se pidieron una “*prueba de embarazo*”. Fueron a casa de una amiga y con temor de saber el resultado y de las futuras consecuencias, se practicó *la prueba*. Sucedió lo que tenía que pasar: el resultado fue positivo. No contentos con

esa sospecha acudieron a un laboratorio clínico conocido. Pero obtuvieron la misma respuesta: ella estaba embarazada.

Mientras Gilberto le proyectaba sus ideas El Aprendiz guardó silencio. Tomado de la mano con su pequeña niña caminaba despreocupado rumbo al parque infantil. Era un sábado. En la mañana se había levantado muy temprano, le puso el vestido rosado con arandelas blancas en las magas y rojas en la falda, le peinó haciéndole trenzas a su cabello castaño, recogió unas frutas en su mochila y salió contento de la casa. Había valido la pena dejar de estudiar y tuvo suerte de colocarse de empleado en el Magisterio. Sus conocimientos de didáctica y pedagogía, aprendidos en sus dos años en la facultad, le ayudaban mucho en las funciones que estaba desempeñando. No ganaba mucho, pero, era suficiente para costearse el alquiler de un pequeño departamento y tener sus tres comidas diarias. Sí, tenía suerte. Se había casado con la mujer de sus sueños, con el amor de su vida, tenía una hija preciosa y el director del trabajo le había ofrecido un cambio de funciones y un incremento de sueldo en poco tiempo después. Caminaba feliz. Su niña le iba relatando lo que había soñado. Él lo escuchaba con atención recordando la fábula infantil que le había contado antes de dormir.

—... entonces hemos quedado en que debe abortar... Yo le he dicho que, es lo mejor para los dos...

Su niña de columpiaba en los juegos mientras él lo empujaba cantando: *jugando a la pájara pinta...*; la niña con sus pasos ligeros recorría por todos los lados sin dejar espacio para las tristezas: subía aprisa por las escaleras de la resbaladera y bajaba veloz, alzando los brazos, gritando: “¡Mira papá! ¡Mira papá!”

—... sé que es un delito, pero un panita del trabajo dice que conoce un doctor que hace estos *trabajitos*...

—¿Qué dices?! ¡No seas bestia! Definitivamente: No puedes, o no deben hacer eso... —respondió el Aprendiz, saliendo de su ensoñación.

—Espera, espera... ¡Pensé que estabas de acuerdo! ¿Cómo no me dices nada...? Desde hace rato que te estoy diciendo que ya hemos quedado en que ella debe deshacerse de la criatura.

—¡Deshacerse! ¿Acaso crees que es un saco viejo...? ¡No, mi hermano! Ustedes lo hicieron con su absoluta responsabilidad... y, además, con gusto. Ahora tienen que atenerse a las consecuencias...

—Pero... ¡No queremos casarnos! Ella me dijo que si su padre se entera, la manda sacando de la casa para ella vea qué hace con su vida.

—¡Ah! ¡Lindo chiste...! ¡Bonita la huevada! ¿Ya le contaron al señor para ver qué opinión tiene él...? Aunque te diré que su papá no tiene ninguna responsabilidad en este asunto. Son ustedes, los dos, los que tiene que resolver la cuestión. Además, es ilegal...

—Ilegal..., ilegal —dijo despectivamente Gilberto; y añadió—: Si es sólo cuestión de legalidad pues, ¡qué cambien las leyes! Además, ¡chucha!, yo no he hecho las leyes.

—De verdad, pero no es sólo un asunto de ilegalidad... también es de responsabilidad. No sé si se trate de amor... pero, ¿quién sabe? ¡*Ustedes hicieron al niño*! A lo mejor, con el tiempo llegas a quererla y logres a amarle, mucho, a esa criatura. Hoy no sientes nada, pero será distinto cuando ya lo tengas en tus brazos... A propósito: ¿Ya le hicieron una eco... para saber qué sexo tendrá?

—No... aun no. ¿Para qué? Tampoco me interesa saber...

Cuando se despidieron, y el Aprendiz se alejó del lugar sin haber siquiera mencionado que había terminado con éxito la segunda vuelta en la facultad, Gilberto se quedó meditando en lo que su pana le había dicho. La decisión de abortar se iba desvaneciendo, pero renacía como fogonazos de metralla cuando pensaba en cómo reaccionaría la familia de su enamorada. No se sentía con ganas ni fuerzas para sobrellevar un matrimonio. Sólo por un momento de placer, ¡qué va! No. No estaba aún preparado para ser padre. Le horrorizaba el apelativo: *padre*. *Ser padre es otra cosa*, se dijo: Es responsabilidad, es cariño, es liderazgo, es valentía, es llevarla a la escuela tomado de la mano, es vigilar sus sueños, es cuidarla cuando está enferma, es conversar con la maestra cuando se ha portado mal, es gritar de alegría cuando gana en el juego de macatetas con las amiguitas, es hacerse el pendejo cuando un chico le mira de reojo o cuando la besa... ¿Yo padre? ¡Y cómo sé que va ser niña! ¡Huevadas! ¡Si yo soy apenas un niño! ¿Un niño cuidando a otro niño? ¡Carajo!

Cuando Gilberto regresó a la casa, su madre la estuvo esperando, antes de que ingrese, le dijo:

—¡Mira Gilberto!, este escrito te ha traído El Aprendiz. Y le entregó un sobre de carta con algunas hojas dobladas en su interior.

Ya en su habitación, sacó los papeles del sobre y empezó a leerlos:

Aborto.

La misma palabra a muchos causa estremecimiento. Hablar de este hecho pareciera que estamos hablando de asesinato. Muchas opiniones surgen cuando se le pide a la gente expresar sus sentimientos respecto de este asunto. Se entiende por aborto como la muerte del feto por su expulsión, naturalmente o provocada por el ser humano, en cualquier instante de su vida intrauterino. La primera pregunta que se me

viene a la cabeza es esta: ¿Tenemos derechos u obligaciones para detener el desarrollo de una vida ajena?

Si la naturaleza provoca que se interrumpa el progreso de una vida dentro del vientre materno, pues, no existe ninguna responsabilidad moral de la mujer que ha padecido un aborto natural. Sin embargo, esto no significa que la madre no sufra las secuelas que puedan devenir por el hecho ocurrido. Tal vez, el consuelo de perder un hijo será entender que no fue por su causa.

Empero, si la muerte es provocada por la acción premeditada de la embarazada, o del grupo que lo acompaña, la responsabilidad irremediablemente recaerá sobre los causantes de tal acción.

Ahora bien, lo que estamos viendo es sólo el hecho ulterior de una acción humana. Una mujer no tendría ninguna tarea si ésta no estuviera embarazada. La libertad es limitada por la decisión de quedar o no embarazada. Aunque la mujer conozca bien el comportamiento de su cuerpo, muchas veces la naturaleza les puede jugar una mala pasada y se puede quedar encinta sin haberlo querido. Sin embargo, la relación íntima que provocó el embarazo fue de su entera responsabilidad y si se quiere, de su libertad.

Al parecer, estamos analizando el tema desde atrás para adelante cuando lo correcto es visualizarlo desde el inicio hasta la culminación del mismo. Entonces, veamos: el embarazo es el resultado de una relación, y es en este punto en el que debemos poner nuestra primera atención. Los hechos que se suscitan luego o después son la consecuencia de una relación sexual. Una pareja que tiene relaciones íntimas debe saber que las mismas pueden provocar un embarazo, y deberían tomar las previsiones para que un hecho futuro no deseado no ocurra. Si a pesar de saberlo no previsiona, entonces, tendrá que asumir su responsabilidad... ¿Parezco un moralista...? No lo sé.

Pero no creo. Sólo estoy pensando en un hecho que ha traído y seguirá trayendo mucha polémica. Decía que la responsabilidad de nuestros actos es exclusiva de sus actores. Muchas situaciones que pasan en el mundo, a veces, tratamos de inculpar a factores externos que directa o indirectamente estarían influenciando para que se ocasione tales hechos, como: la inequidad social, las guerras, la intolerancia racial, violencia de género, y de tantas otras circunstancias. Pero tratándose de un hecho que sucede sólo entre una pareja, aunque pueda existir influencia externa de las costumbres sociales, de la educación de los individuos, ..., sólo compete a la pareja la decisión de tener relaciones y de enfrentar, a futuro, las consecuencias devenidas. Parece muy simple, pero no...

¿Quién sería responsable si luego de una relación la mujer queda embarazada? Parece obvia la respuesta... Pero quiero resaltar que son los dos, la pareja, no es que sólo la mujer se quedó encinta... No. Es la pareja la que debe asumir la responsabilidad futura del cuidado del infante en el vientre, el parto, y luego del nacimiento en su educación y todo lo demás. ¡Pucha! ¡Menuda labor!

Ahora bien, si los dos son responsables ¿Qué pasa si la relación que provoca un embarazo no es consentida por la mujer? ¿Y si ésta es violenta? Antes de seguir, dejo que ronde la pregunta en sus mentes...

¡Qué nota! Este Aprendiz sí que escribe sus notas... Mi relación no fue violenta. Ambos lo quisimos... Ambos somos responsables... ¡Putá, yo no soy ningún irresponsable! Pero, ¿ser padre? ¡Ándate a la mierda! Y ahora, ¿qué hago?», pensó Gilberto, dejando a un lado los escritos. Miró al techo, se acomodó en su cama, cogió nuevamente los papeles y continuó la lectura:

Volvamos al punto, en el cual decíamos que, la responsabilidad desde la relación misma hasta el cuidado total del niño, es de la pareja. Si uno de los dos progenitores falla en el cumplimiento de sus obligaciones, la sociedad ha creado las leyes pertinentes para que se hagan efectivas; por lo general, es el padre quién abandona el cuidado del niño, dejando la enorme tarea en manos exclusivas de la madre; entonces, la legislación ha previsto que el padre, al menos, coadyuve con el sustento económico.

¡Las demandas por alimentos son diarias...!

Preguntarme sobre quién debe educarnos sobre la “responsabilidad” de nuestros actos, no es un tema que abarca este tema... Sólo diré que, si no hemos “aprendido” a ser responsables, las leyes, a la fuerza, nos obligarán a serlo. Pero bueno ese es otro asunto.

Retomando esta cuestión: Si las leyes nos obligan a cumplir con nuestras responsabilidades, entonces, ¿qué obliga a quien comete un acto sexual violento que trae como consecuencia una criatura? ¿Qué legislación existe al respecto? De una cosa estoy seguro: Las leyes naturales, en este caso, no son suficientes para que las responsabilidades en la procreación de un niño se cumplan. De aquí me viene la pregunta: ¿Debe ser sólo la madre que cumpla con la responsabilidad de todo el proceso de gestación y luego del cuidado del bebe? Como ustedes se pueden haber dado cuenta, caigo en la misma trampa de analizar un hecho ulterior. La pregunta debería ser: ¿Qué compromiso tiene la madre para gestar en su vientre un niño que no fue concebido bajo su responsabilidad o, peor, en contra de su voluntad? Muchas veces, la legislación está formulada para hechos posteriores... Como he escuchado decir en el campo médico: Son curativas no preventivas. ¿Debemos aplicar medidas preventivas en el caso de un embarazo fruto de una violación? ¿Cuáles deberían ser las leyes pertinentes? ¿Podrán las leyes

evitar un embarazo de este tipo? Al menos, para mí, las respuestas no están muy claras, peor decir que puedan ser simples. La madre no tuvo participación consentida en la relación, fue forzada, en contra de su voluntad, infringiendo su libertad... y bajo lo que las leyes califican de <<crimen>>. No obstante, la naturaleza no diferencia si el acto por el cual se concibe un niño fue ejecutado con violencia o no... el papel de la naturaleza es hacer que, con el tiempo, de esta relación germine un futuro niño. Entonces ¿puede la víctima evitar el fruto de la ignominia? ¿Tiene el derecho para abortar?

—¡Chuta...! ¡Este Aprendiz parece tener mucha razón!

Gilberto, asentó los papeles en su cama y fue a la cocina a prepararse un café. Miles de ideas y pensamientos en el breve camino hasta la cocina rondaron por su mente. Cuando regresó, con el café en la mano y sorbiendo pequeños bocados, aún las reflexiones leídas no le digerían. Volvió a tomar los apuntes y prosiguió con su lectura:

Luego de un hecho violento, queremos resarcir la ofensa por nuestros medios, buscamos hacer 'justicia por mano propia'. Cuando falla la legislación o cuando las entidades encargadas de hacerla efectiva no cumplen con su cometido, entonces, nos volvemos propensos a buscar la solución al problema basados en nuestro mejor entender o en lo que consideramos el justo pago por el agravio recibido. Parece que la Ley del Talión la volvemos vigente: "ojo por ojo, diente por diente..." Si una persona recibe un golpe sin causa que lo motive, en defensa propia de su integridad, devolverá el golpe al ofensor. A toda acción existe una reacción... Devolvemos el golpe con otro golpe... Y si causa mayor daño, nos sentimos mejor. Pueden decirme que ésta no es una actitud humana, sin embargo, las leyes deberían estar pensadas

para proteger a la víctima y castigar al agresor. ¿Se cumplirá este precepto? De no hacerlas cumplir, las agresiones se vuelven rutinarias, y los victimarios subyugan a la persona vulnerable convirtiéndole en poco menos que un esclavo de las situaciones hostiles que le rodean. Permitir que las acciones violentas y a sus actores actúen a su voluntad convertiría a las sociedades y a sus integrantes en “entes sumisos ante el crimen”. El dominio que genera la violencia es tan grande que todos los poderes existentes en una sociedad —llámese político, religioso, económico, comercial, bancario, comunicacional,...— han utilizado, en más de una ocasión, para avasallar a las masas.

Ahora bien, en el caso de las violaciones, ¿qué legislación debería actuar para evitarlos? Evitarlos no sé si se consiga con leyes... pueda ser necesario la transformación de toda una sociedad y sus miembros, aun así no aseguráramos que el comportamiento humano sea el perfecto. Como siempre las leyes actúan después del hecho: Los violadores pueden —si son atrapados— ir a la cárcel. Pero qué sucede con la víctima que debe soportar, de por vida, el agravio recibido. Me pregunto: ¿Debe la víctima perdonar la ofensa recibida?

El perdón puede, o no, traer el olvido. Y tanto vale lo uno como lo otro... Pero lo que no puedo entender es que se la obligue a amar. ¿Debe soportar en su vientre, durante nueve meses, la deshonra sufrida? ¿Debe amamantarlo y cuidarlo en su tierna infancia hasta volverlo fuerte e independiente? ¿Debe desvelar sus sueños cuando está enfermo? ¿Deberá soportar los caprichos y pataletas cuando quiera una golosina?

En definitiva: ¿Debe amarlo antes, durante y, quizá, después de su vida?

Porque una madre hace eso y mucho más... Y siempre lo hace por y con amor. Sin embargo, parece que la pregunta

debería ser ¿Puede amarlo durante toda su vida sabiendo que el niño heredará la genética criminal del ofensor? Puede haber muchos pensamientos sobre este asunto, pero mientras no existan leyes para resarcir la ofensa provocada, la decisión está en manos de la madre. Sólo ella sabrá decidir si guarda en su vientre, y toda su vida, el agravio recibido. ¿Deben las leyes ayudarla en este propósito? Por supuesto que sí. Obligatoria debe ser SI. Tanto si decide procrear al niño como si no. Es su derecho. Es su responsabilidad. Y es responsabilidad de la sociedad en protegerla. Entonces, deberían existir leyes para el aborto asistido y leyes para la protección de la madre que ha decidido criarlo.

Ni bien acabo de leer, salió de casa y se fue en busca de El Aprendiz. Una vez que llegó, entró precipitadamente, apenas saludo a los presente, y subió a la habitación. Lo encontró recostado con un libro de filosofía entre las manos. Podría decirse que lo estaba esperando. Le lanzó a la cara el sobre con los papeles dentro.

—¿Crees que soy un irresponsable? Yo sé que tú escribiste esto... ¡Son tus putas ideas...!

—¡Espera, hombre...! ¡Tranquilízate! No. No soy el autor de esos escritos. Y, si lo fuera, ¿qué? Aunque yo no los escribí comparto plenamente con las opiniones plasmadas allí...

—¡Ah! Entonces, ¿sabes lo que está escrito...?

Gilberto, sin esperar ninguna respuesta, lo miró con bastante enojo, y antes de que El Aprendiz se pusiera de pie y tratara de contenerlo, éste salió apresurado de la habitación. No lo siguió, se quedó en su puesto con el libro en las manos, bajó la cabeza hasta topar con las páginas abiertas. Sintió preocupación por la reacción de su amigo. “*Mañana estará mejor..., espero que no cometa ninguna tontería*”, pensó.

Pasaron algunos días, y el Aprendiz no sabía nada de lo que había sucedido con Gilberto. Una tarde, luego de las clases de la U, fue hasta su casa. Nada. No lo encontró. ¿Dónde se habrá metido este pendejo...? Fue a buscarle a la casa de su enamorada. Tampoco lo encontró. Preguntó a sus vecinos, pero, nadie sabía nada de él.

Empezó realmente a preocuparse.

Camino a la Universidad, la madre de Paúl le salió al paso. El Aprendiz iba pensando en la lección del día y no se percató del momento en que apareció la señora, se despabiló cuando ya se encontraba delante de él, rozándole las narices. La señora manifestaba en su rostro lo que la profundidad de su alma, sentía: aflicción, ansiedad y preocupación. Obnubilado, El Aprendiz, observa a lo lejos la figura difusa de una persona muy parecida a Paúl. El joven va vestido con pantalón jean, camisa a cuadros y zapatos mocasines de cuero color café; lleva en la mano una bolsa grande, etiquetada con el logo de la Gran Tienda, repleta de compras. Reconociéndole, alza la mano y trata de llamarle la atención. Paúl se acerca con paso ligero sonriendo. Deja en el suelo la funda de papel y abraza muy efusivo a su amigo. Le invita a tomar una cerveza en la tienda de la esquina. Se sientan en una mesa solitaria al fondo de la cantina. Sin que nada le apremiara Paúl inicia su relato.

«Luego de que me dejaron en el aeropuerto del Guayas e ingresé a la sala de espera me entraron unos nervios que parecía que todo el mundo me andaba persiguiendo, man. Me acerqué a la cafetería a tomarme un té de valeriana. La vieja que atendía me observó de pies a cabeza, cholo, te juro que imaginé que pertenecía a los de la migra gringa. Tomé la bebida, ¡estaba hirviendo!, huevón, pero me la zampé de un solo bocado. La señora continuó observándome luego de que ya le pagué y me aleje del lugar. Me senté en las butacas de la sala de espera y, puta, me quedé profundamente dormido. Un tipo de edad mayor me despertó: ¡Oiga joven, ya están llamando para que pasen al vuelo suyo! ¿Cómo sabía de tu vuelo? No sé, mi hermano, pero corrí a la puerta de ingreso

cuando ya prácticamente estaban cerrando las escotillas del avión. ¡Casi pierdo el vuelo, loco! Tú sabes que nunca he viajado en avión, hermano, así que una vez que estuve dentro vi a un montón de gente, todas extrañas, ñaño, que me miraban muy raro; no les paré mucha bola, brother, busqué mi puesto y me acomodé en mi silla; luego cerré los ojos para no ver las miradas clavadas en mi persona, ñaño. Otra vez me quedé dormido, debe haber sido la valeriana, brother, ¡la valeriana!, y cuando me desperté, el avión estaba volando por sobre las nubes. Nunca había estado en esos lugares, pero me parecían fantásticos. Entonces escucho por los altavoces que en treinta minutos estaríamos arribando a la ciudad de Guatemala. ¡Otra vez me entran los nervios!, loco. Pasa por el pasillo una azafata y le pido un vaso de agua; me lo trae, pero no logro controlar los nervios, loco: el vaso me temblaba en las manos. ¿Le pasa algo?, me pregunta. Sólo son los nervios, un poco de..., le respondo. No se preocupe todo está marchando como se ha previsto en el vuelo... Ya mismo llegamos. Puta, fue la media hora más larga de mi vida, loco. Cuando bajamos del avión me tanteo el bolsillo donde guardaba el papel en el que anoté el teléfono del contacto... ¡Ni sabes, no lo encuentro! ¡Casi me desmayo!, loco. Me quedé en blanco como un papel y enseguida se me bajó la presión. Me rebusqué en los otros bolsillos, pero nada, entonces me acuerdo que lo guarde en la media. ¡Qué alivio, chucha! Ahí estaba el maldito papel. En el interior del aeropuerto localicé un teléfono y marqué. Tenía miedo de salir por temor a que los guardias pudieran preguntarme alguna huevada... Así que esperé en la sala hasta que la persona con quien había hablado viniera a recogerme. No tardó mucho. ¡No sé qué tienen esto tipos, loco!, pero apenas me vio, me reconoció. Salimos del aeropuerto como si fuéramos dos grandes amigos. Tomamos un taxi y me llevó a un hotel de

mala muerte. “A la medianoche te vendrán ver... Antes de salir debes entregarme el cincuenta por ciento de lo pactado...”, me dijo, al despedirse. Claro, yo no iba a ser tan cojudo para entregarles el billete, antes... Llamé a mi madre desde una cabina y le dije que todo marchaba bien... que le entregara, nomás, al coyote la mitad de la plata. Los muy hijueputas esa misma noche pasaron por la casa a recoger el dinero. Lo supe porque estuve despierto toda la noche, y siendo ya las dos de la mañana, y sin que nadie llegara a verme, volví a llamar a mi vieja para ver si ya había entregado la guita. Me dije: a lo mejor aún no tienen el dinero y por eso no vienen a verme. Mi mamá me dijo que sí, que ni bien había acabado de asentar el teléfono cuando ya se presentaron a la puerta a reclamar su parte... sería a eso de las once de la noche. Te fijas ñaño, estuve despierto hasta que amaneció, y nada que venir esos manes... Me quedé en el hotel esperando a que vinieran. No salí a ningún lado. Ni siquiera para ver algo de comer, tenía miedo que no me encontraran si salía de allí. Cansado de esperar me acerque al recibidor, donde atendía un cabrón con el pelo tipo afro, para preguntarle si había venido alguien a buscarme... Me tranquilizó su respuesta: No, pero ésta noche estarán aquí para continuar el viaje... ¡Espere nomás!

Eso me dio chance para ir a comer algo y llevarme unos tamales y algunas frutas al cuarto. Fui directo al mercado y regresé por las mismas. Tenía miedo, cabrón, de que me cogiera la poli y me preguntaran viéndome extraño en ese lugar. Y efectivamente, cuando llegó la noche, vino una pareja, me preguntaron el nombre, el país de origen, la edad y me ordenaron que ya debía prepararme, que, en cinco minutos, estuviera listo en la puerta del hotel; luego de este tiempo pasaría un camión recogiéndonos. ¿Recogiéndoles? Si brother, habíamos sido como unos veinte, entre hombres

y mujeres, que estábamos alojados en ese hotelucho... los tipos de ahí, sabían de la nota; eran sus cómplices, ñaño. ¿Y de ahí a donde fueron? Pasamos toda esa noche y el siguiente día viajando como vacas en el cajón de ese camión. De vez en cuando se paraban en algún lugar apartado, para comer y desocuparnos en los retretes de unos bares desvencijados. Del fin del mundo... En ese camión conocí a un panita de Bolivia. ¡Buena nota el man!, puta, se comportó como hermano, ñaño. No sé dónde llegamos, mi hermano, pero supuse que era la frontera con México, todavía estaba oscuro cuando nos hicieron bajar para ir caminando el trayecto del paso de la frontera. Creo que ellos mismos hacen los papeles haciéndonos pasar por guatemaltecos... Seguramente, pasan algún billete.

Al otro lado, nos esperaban otros migrantes, serían como unas veinte personas más. Nos subieron a un colectivo y nos llevaron hasta una hostel. No había agua ni para beber peor para bañarnos, y en unos cuartos de mala muerte nos metieron a dos en cada uno. Nos dijeron que de madrugada realizaríamos el viaje “de la vida...”.

Entré en la habitación con el boliviano y estábamos tan cansados que, inmediatamente, nos quedamos dormidos. Serían como las cinco de la mañana cuando unos tipos pasaron golpeando las puertas. Ya eran algunos días que no me había bañado, tampoco mi amigo y los otros, así que empezamos a oler bastante mal. Empero, la ilusión de llegar a la “Yoni” hacía que esas cosas, elementales en otras circunstancias, pasaran desapercibidas. El mismo colectivo de la noche anterior nos esperaba en la parte de atrás del hostel. Salimos por la puerta trasera y subimos a bordo. Nos acomodamos en los asientos. Felizmente, ñaño, había un puesto para cada uno. Me habían contado que, a veces, los viajeros eran más de cincuenta y, a algunos les tocaba ir sentados en el piso. Nos trajeron una bebida y un paquete de galletas:

nuestro desayuno. Ese rato, cabrón, me entran ganas de ir al baño. Me levanto del asiento y voy donde el chofer para decirle que, “se aguante un chance”. Cuando le manifesté mis necesidades, me mira con cara de pocos amigos; tienes que aguantarte hasta la primera parada, me dice. Fue tenaz, huevón. La primera parada fue al mediodía y apenas vi el restaurant corrí a desocuparme. ¡Putá, rico mismo es cagar!

¿Y de ahí...?

Allí nos dieron un buen almuerzo. Cuando acabamos de comer, nos advirtieron que ésta era la primera, y última, parada del día y que vayamos desocupándonos todo lo que pudiéramos. Una vez que se ponga el colectivo en marcha no habrá ninguna parada hasta el amanecer del siguiente día, nos confesaron.

Con el boliviano nos miramos a la cara y en silencio nos dijimos: Llegar a la meta es nuestro destino y lo vamos a soportar. Las horas iban pasando lentamente; yo iba a la ventana, y cuando no conversaba con el boliviano, miraba interminables campos con cultivos de pencos y cactus, sembríos de maíz y bosques de pino. Llegó la noche y la oscuridad más absoluta rodeó al autobús. Sólo las luces de los faros mostraban el camino.

Fue en ese momento que tuve mi primer ataque de depresión, aunque fue leve. Pensé en mi vieja, cabrón, mis amigos y empecé a llorar quedamente. Mi amigo dormía profundamente a mi lado. ¡Qué belleza, chucha, cómo dormía el pana! Así es, hermano, cuando uno está lejos se acuerda de todo lo que deja atrás.

¿Te lograste tranquilizar?

Demoró un tiempo. Suerte, chucha, que todo estaba oscuro y nadie me vio. Lloraría como unas dos horas hasta que me quedé dormido. Cuando desperté la oscuridad se había disipado y una débil luz grisácea se asomaba por las ven-

tananas. Está amaneciendo, me dije. Todos roncaban. Llegamos a un poblado con muy pocas casas. Pero, el camión pasó de largo del caserío hasta una casita solitaria en la afueras del pueblo. El bus se estacionó a la puerta y nos hicieron pasar a un patio muy amplio con el piso empedrado. Del interior salieron dos mujeres con vestimentas propias del campo mexicano secándose las manos en sus polleras de colores.

Luego de un rato se escuchó que el bus partía de regreso. Parecía que nos abandonaban a nuestra suerte. Nos hicieron pasar a unos cuartos enormes sin ningún mueble. Muchos nos sentamos en el piso y otros se quedaron parados en diferentes sitios. Al rato las señoras nos servían sendos tazones de colada de morocho y tortillas de maíz.

¿Qué tiempo estuvieron ahí?

Pues, todo el día. Cuando le pregunté a una de las mujeres cuándo nos vendrían a recoger.

Habrà que esperar a que el otro autobús que fue para la frontera regrese, nos dijo.

¿Y cuándo fue eso?

Estuvimos con suerte, ñaño; esa misma noche vino el colectivo a recogernos. Las señoras nos dijeron que a veces tardan algunos días, por los problemas que se enfrentan con la policía migratoria de México.

¿Y qué comieron durante ese día?

¡Pues casi nada! A media tarde nos dieron otra porción de tortillas y otro jarro de colada. Todo el día hizo un calor insoportable que estábamos rendidos, adormilados y sin ganas de mover un dedo dentro de las habitaciones. Nos prohibieron salir a dar una vuelta y conocer el poblado. Ahí metidos en esos cuartos más de cincuenta personas, ¡te puedes imaginar cabrón!

Cuando eran las diez u once de la noche escuchamos que un bus se acercaba a la casa. Las mujeres ya conocían el

sonido del colectivo y salieron apresuradas a recibirles. Cogimos nuestras pocas cosas y nos embarcamos en este bus.

¡Todo listo!, exclamo el chofer.

Todo listo, dijo uno de los ayudantes. Y partimos.

—Paúl, miijo, ha perdido el trabajo. Me cuentan que los agentes de migración lo han detenido —solloza su madre viendo la mirada perdida de El Aprendiz; se seca con las manos las lágrimas que empiezan a caer por sus mejillas, y continúa—: Dicen que lo van a mandar de regreso. ¿No sé cuándo estará de regreso? Pero, también dicen, que anda muy depresivo...

—¡Depresivo! ¿El Paúl? ¡No puede ser...!

—¡Si...! ¿No te ha escrito alguna vez?

—Cuando apenas llegó me contó por teléfono todo lo que tuvo que pasar... Una vez que empezó a vivir en los Estados Unidos ya no supe nada de él.

—Bueno, joven, no te detengo más... Anda a estudiar. Si algo sabes me lo cuentas.

—Si usted sabe algo más de Paúl, nos hace saber doña... ¡Hasta luego!

5

Estaba lloviznando cuando salió de la casa de El Aprendiz. Gilberto se alzó el cuello de su casaca para protegerse del frío; dudó a dónde dirigirse y, luego de pensar un rato, se encaminó hasta donde vivía su enamorada.

Llegó a la esquina de la calle de la cuadra de la casa de su chica y permaneció guareciéndose del páramo bajo el alero del portón de una villa. Colocó su dedo índice en la boca y silbó el tono acostumbrado; encendió un cigarrillo y esperó a que la chica saliera. No pasó mucho tiempo cuando vio a su novia acercarse. Rebeca no tuvo tiempo de arreglarse, solamente se había recogido el pelo en una graciosa coleta; los rasgos de su rostro, aún sin maquillaje, mostraban su belleza natural. La candidez con que le saludó, provocó en Gilberto un estado de ánimo contradictorio. Antes de que ella saliera estaba decidido a decirle que definitivamente no se casaría con ella.

La marcha nupcial inicio su melodía cuando ingresaban a la Iglesia. Los amigos y parientes de las dos familias, elegantemente vestidos, miraban expectantes como la pareja ingresaba al templo. Todas las bancas estaban sutilmente arregladas con pequeños y delicados ramitos de flores de azahar. El sacerdote y los padrinos los esperaban, sonrientes, en el altar.

—¿Cómo así vienes a verme? —le preguntó Rebeca, sorprendida de verle. Miró al rostro de su enamorado y notó que él no era de éste planeta, estaba ido.

Recomponiéndose de su ensimismamiento, Gilberto, le contó:

—Estuve en la casa del Aprendiz y me ha mostrado algunas reflexiones sobre el aborto.

Se detuvo un momento recordando lo que había leído, luego, dijo—: No sé de dónde lo habrá sacado, tal vez él mismo los escribió... no sé... sin embargo, no estoy de acuerdo con todo lo que él dice.

—¿Y qué dice...? —quiso saber.

—Exactamente, exactamente, no recuerdo. Pero, más o menos, señala que si luego de una relación íntima, la pareja... mejor dicho: la mujer queda embarazada, pues, es responsabilidad de los dos del acto que cometieron... También decía que si la mujer luego de una violación se quedaba encinta, pues es responsabilidad de la sociedad en brindarle protección médica y legal, y ella debería decidir si quiere tener o no al hijo... ¿Qué te parece?

—Pues... no me parece contradictorio... —luego de pensar un instante, respondió—: Estoy de acuerdo. Ahora, ¿qué vamos a hacer con nuestro hijo?

—No sé... Pero ya quedamos en que tú ibas a... —no terminó la frase. Tenía miedo pronunciar esa mala palabra.

—Sí. Es verdad que así quedamos... Pero he estado pensando en que no quiero perder al hijo que llevo en mis entrañas; también, es tuyo... nos pertenece...

Esta última reflexión hizo tambalear a Gilberto sobre la decisión que habían tomado hace poco. ¿Perder un hijo mío? ¿Cómo podemos ser tan egoístas, tan inhumanos...? ¿Asesinos? Pero, ¿debo vivir toda mi puta vida con una persona que no amo?

Estando profundamente dormido, un grito de niño le hace despertar. Es su hijo que llora. Rebeca duerme plácidamente a su lado. Con un leve movimiento de su brazo toca el codo de ella. No se despierta. Otro golpecito más sentido. Nada. ¡Otra vez tengo que ser yo!, se dice. Se levanta y se mira en

el espejo del baño: en su rostro se dibujan unas grandes ojeras negras verduzcas. No. ¡Esto no es vida!

—Entonces, ¿qué dices...?

—No lo sé. Estoy confundido. Mejor nos vemos mañana...

—¡Espera! También es tu responsabilidad...

—De acuerdo... Mañana te vengo a ver...

Rebeca quedose pasmada viendo el muy poco interés de Gilberto. ¡Es su hijo!, se dijo, ¿cómo puede querer que lo aborte...? ¡No puedo creer que sea tan irresponsable...! ¡No me cabe en la mente que Gilberto sea así...!

Sus brazos fuertes y sus manos grandes le acarician sus piernas y su lengua metida en su boca le hacen gemir de excitación.

¿Le amaré de verdad? Observa alejarse a Gilberto que se pierde tras la esquina.

Ha terminado de llover y ella regresa a su casa. Camino a su residencia, ella ha tomado su decisión.

Gilberto ha tomado la suya. Coge el autobús en la parada y se dirige a la Terminal Terrestre. Camina por los amplios pasillos buscando alguna cooperativa de transporte que le lleve a Guayaquil. Hace algún tiempo, un primo le había invitado a que pase una temporada alejado del frío y las montañas. Esta era la ocasión para aprovechar de la invitación.

De playa en playa, de fiesta en fiesta, de chupe en chupe, la temporada libre se fue prolongando. A los dos meses de estar en casa de su tío *comiendo de balde* consiguió trabajo. El dueño de un bar, donde estuvieron una noche festejando el cumpleaños del primo, se quedó sin un empleado. No hubo mucho trámite para ser contratado. Cuando Gilberto se

acercó a pedir otra ronda de ron a las rocas, el propietario estuvo tan ajetreado que se tardó en servirles. Entonces, medio en broma medio en serio, le dijo: *¡Ya es hora que se consiga un ayudante, mí jefe!* Se le quedó mirando y él esperó que haya una mala respuesta. Pero no, antes bien le preguntó: *¿No quieres tú darme una mano?*

Al día siguiente, con la resaca a cuestas se presentó en el bar. <<*¡Bien, morlaco, estás contratado!*>> El turno de trabajo era nocturno. A las ocho de la noche se abría el bar y culminaba con las tareas a las dos o tres de la madrugada. Los días de mayor agitación eran los fines de semana, sin embargo, no dejaban de tener su clientela todos los días. El propietario le tenía prohibido beber en las horas de trabajo. La atención era continua. Al local, de medio caché, entraban todo tipo de gente: estudiantes universitarios chiros que por una vuelta de tragos dejaban en prenda sus relojes y calculadores, empleados públicos, compañeros y compañeras oficinistas, trabajadores de empresas, amigos de barriada, grupos de amigas solteras o viudas, pero muy rara vez se veía por ahí personas del tipo *altos ejecutivos*. Hasta que, en una ocasión entró un hombre, alto y gordo, del brazo de una mujer bastante elegante. Detrás de ellos iban dos sujetos *mal encarados*. Cuando la pareja se sentó en una mesa del fondo, este personaje, con un movimiento de su cabeza, les dijo a los otros dos que se fueran. Los fieles servidores obedecieron al instante y se pararon como dos estatuas, una a cada lado, flanqueando la puerta de ingreso. Luego, el tipo, levantó su dedo índice en dirección de la barra; enseguida ya estuvo Gilberto atendiéndoles. El hombre preguntó qué era lo mejor que tenían para beber. Con la venia del dueño, que observaba atento los movimientos de la gente, Gilberto bajó la única botella de coñac que tenían en la percha y fue a mostrarle. Con el consentimiento del hombre lo sirvió en los vasos de la mesa; dejó la botella y se retiró.

La pareja estuvo bebiendo hasta cerca de la una de la mañana cuando se terminaron de consumir la botella. Al salir, el individuo pago la cuenta y, estando ya en la salida, en el umbral de la puerta, hizo que Gilberto se acercara, cuando le tuvo en su delante le preguntó, al oído y en voz baja:

—¿En este local venden la blanca? ¿O, tal vez, mari-guana?

El pobre Gilberto se quedó pálido, pero logró tartamudear:

—No... No... solo cerve...za y li...cor.

Con la siguiente propuesta casi le provocas un infarto:

—¿Qué tal si tú lo vendes a escondidas? ¡Piénsalo! Ya regreso en otra ocasión para saber tu respuesta...

Recostado en su cama de la habitación a la que había ido a vivir desde que recibió su primer sueldo, pensó por primera vez, desde que se vino a Guayaquil, en Rebeca. <<¿Habría ya nacido mi hijo? ¿Dónde vivirá? ¿Cuál sería el nombre de ese condenado...?>>

Se estaba quedando dormido luego de tanto cavilar en su futuro hijo y en la propuesta recibida por ese tipo extraño cuando se vio saliendo de una hermosa y lujosa mansión ubicada en las afueras de la ciudad de Cuenca. Es una villa hermosa con sus techos de teja vidriada que se asoma tras una colina en medio de un bosque tupido. Un automóvil último modelo, Mercedes Benz, tipo deportivo descapotable, de color negro, lo espera en el portón de ingreso a la vivienda. Un joven elegantemente vestido con traje de etiqueta le abre la portezuela posterior. Una vez acomodado en el asiento de atrás le dice algo al chofer y el automóvil se dirige a los lugares de trabajo. Otro carro, ocupado por sus guardaespaldas, con las ventanas polarizadas le sigue a cierta distancia. Empezaba a aburrirse en el recorrido. La noche anterior se había pasado tomando whisky con algunos personajes de la sociedad y la

política. ¡Qué se creerán estos malparidos que uno tiene el dinero debajo de la cama! ¡Medio millón de verdes para la campaña de ese maricón...! ¡Qué le vamos a hacer...! ¡Putá, uno está en manos de esos manes y ellos están en las nuestras! ¡Vamos a ver quién aprieta más..., chucha! ¿Por qué no legalizarán, mejor, esta huevada?

Al fin, Gilberto, se quedó dormido.

6

Con las Sagradas Notas del Himno Nacional se dio inició a la ceremonia de graduación. La sala se encontraba atestada de invitados y en el estrado iban pasando uno a uno de los investidos; no eran muchos, apenas doce graduados. Ya puestos la capa, hacían el juramento de respetar las leyes y su profesión ante las autoridades de la Facultad. El Vicerrector les ponía el birrete, giraban ciento ochenta grados, se inclinaban ante el público y en seguida se escuchaban sonoros y sentidos aplausos. Cuando todos hubieron realizado el ceremonial y estaban acomodados en sus puestos, el delegado de los recién graduados se levantó de su butaca se dirigió al estrado y pronunció un emotivo discurso de recordación de la vida universitaria y de despedida del Centro del Saber. La formalidad de la ceremonia concluyó con la notas del Himno a la Ilustre ciudad de Cuenca. Todos los invitados y graduados salieron al hall para registrar el inolvidable momento en cientos de fotografías con sus parientes, compañeros y amigos. Ahí estaba El Aprendiz junto con sus compañeros, comentando emocionado el acto que acaban de recibir cuando vio pasar, a escaso metros, delante de él, a Rebeca. Llevaba un vestido sencillo color verde limón y cogía de la mano a un niño de unos tres años de edad. Se la quedó mirando hasta que se perdió entre la multitud. Las aguas del sentimiento que hasta ese entonces estaban mansas y tranquilas empezaron, de pronto, a agitarse violentamente. La barca de sus emociones y sentimientos iban revoloteándose de un lado para otro de su corazón sin que lograra mantenerse quieto, en equilibrio. Se sintió mareado. ¿Cómo podía, luego de tanto tiempo, renacer una pasión perdida?

Algunos parientes cercanos de El Aprendiz le habían preparado una pequeña recepción en casa de un familiar cercano. Él no estaba enterado de este evento sino hasta el momento en que se despidió de sus compañeros. Cuando estuvo a punto de irse a festejar en casa de su compañero más llevadero, su madre le dijo que no aceptara ninguna invitación porque le tenían preparado una sorpresa.

“La vida tiene sorpresas... Sorpresas tiene la vida...”.

Toda la familia ya estuvo reunida en casa del pariente cuando llegaron luego de la ceremonia. En el momento en que El Aprendiz atravesó la puerta le recibieron son aplausos, abrazos y palmadas de felicitación en su espalda. Se sintió incómodo en medio de tanto elogio y adulación. Se intimidó al recibir tanto cariño, estrechones fuertes de mano, de parabienes y deseos de éxitos en la futura vida profesional. En medio de tanta algarabía alzó la vista y vio a Rebeca sentada en el fondo de la salita. Se cruzaron las miradas por un instante, y Rebeca, decidida, se acercó a entregarle sus congratulaciones.

—¡Hola Rebeca! ¿Cómo así estás por acá? —preguntó El Aprendiz sin salir del asombro; fue una grata sorpresa volverla a ver luego de tantos años.

—Tu madre me invitó... —le respondió. Un leve rubor asomo a sus mejillas, y le entregó un pequeño paquete que contenía su regalo.

¿Mi madre? Desviando la mirada del rostro de Rebeca buscó a su madre entre los familiares e invitados a su fiesta. La encontró arreglando el pastel del graduado. Luego, iba de un lado para otro, muy agitada, preocupándose si el equipo de sonido ya estaba conectado y se encaminaba hacia la cocina ordenando a sus sobrinas que colocaran las cucharas en las servilletas, destapaba la ollas para verificar si la comida aún seguía caliente... El Aprendiz observó los ajetreos de su querida madre, movió la cabeza, y sonrió conmovido. Regresó la vista a Rebeca y le dijo:

—¡Te vi a la salida de la ceremonia de graduación...!
Pero, pasaste de largo, ni siquiera me tomaste en cuenta...

—¡Elé! ¡Claro que me acerqué al sitio donde estabas!
Sin embargo, te vi muy divertido conversando con tus compañeros... No quise interrumpirte, así que me alejé. Me dije: *en la casa del tío le voy a saludar y felicitar...* ¡Y, ya vez, aquí estoy!

El Aprendiz sonrió y no quiso que la felicidad de verla se desbordara y ella lo notara. Al rato, empezó la música y todos salieron a bailar. La familia divertida, gritaba en coro:

—¡Qué baile el graduado! ¡Qué baile el graduado!

Entonces, una chica vestida con un traje sencillo, con unos ojos preciosos y con un cuerpo muy bien proporcionado se aproximó a El Aprendiz, le tomó del brazo y lo llevó a la pista de baile. Rebeca los miró alejarse con envidia y celos; más fueron los celos, diría cualquiera que conociera un poco a Rebeca. Y su madre era una de esas personas que conocía de las emociones internas de Rebeca. También sabía de los sentimientos no profesados de su hijo y de los confesados de Rebeca.

¿Y quién era la chica que llevó a El Aprendiz a bailar? El Aprendiz conoció a Raquel, así se llamaba la guapa joven trajeada con bastante sencillez, cuando Rebeca estaba hospitalizada y a punto de dar a luz al hijo de Gilberto.

El día que la conoció caminaba desprevenido por las calles adoquinadas de la ciudad buscando una farmacia para adquirir un analgésico para su dolor de cabeza, entonces, de repente, al virar una esquina se dio de frente con la muchacha. Se miraron a los ojos, pero cada quien siguió su camino en direcciones contrarias. Al llegar a cierta distancia dio la vuelta para ver la figura de la chica. <<¡Qué bonito cuerpo!>>, se dijo, y continuó en la búsqueda de su remedio. Los caminos del destino son extraños. ¿Destino, casualidad, coincidencia?

Al fin vio una farmacia de turno y apresuró sus pasos para conseguir su medicamento; al ingresar vio que la chiquilla, la misma del cuerpo rebosante de curvas, estaba parada frente a la persona de la caja esperando pacientemente que le hicieran la cuenta del valor de su receta. Cuando le indicaron el costo de los insumos comprados se aprestó a cancelar. Tomó su cartera y rebuscó el dinero presupuestado, depositó algunos billetes en el mostrador, pero no eran suficientes. Al no encontrar toda la plata necesaria vació el contenido de su cartera en el escaparate sin conseguir ni una sola moneda más. El Aprendiz, mientras tanto, ya estaba parado detrás de ella esperando su turno para hacer su pago; ella no se percató de su presencia.

—Disculpe, señorita... ¿Le hace falta un poco para ajustar su cuenta? —le abordó. Tenía, de verdad, serías intenciones de ayudarla.

La chica giró su cabeza y se sorprendió al verlo. Un ligero rubor maquilló sus mejillas. Bajando su mirada, le dijo:

—Me hacen falta cincuenta centavos para completar la cuenta... —respondió sin mostrar ninguna timidez; luego agregó—: ¿Me lo puedes prestar?

El Aprendiz sintió seguridad en su voz y en su talante. Sorprendido por el carácter firme con el que la había encarado, trató de embromar:

—¿Y cuándo me devuelve?

—Este... Primero me lo prestas, y luego hablamos de los negocios —respondió, y lo miró con picardía.

El Aprendiz movió su cabeza ante la respuesta repentina y súper original de la joven. ¿Me trata de vos? ¿Será que me conoce? Sacó de su billetera un billete de un dólar y se lo dio. La chica pagó su cuenta, recibió sus medicamentos y se quedó esperando a que el Aprendiz hiciera lo suyo. Salieron de la farmacia en silencio. Y continuaron así durante casi media cuadra, hasta que la chica se atrevió a preguntarle:

—¿A cuánto asciende el monto por los intereses del préstamo que me acabas de hacer?

Él soltó una ruidosa carcajada. La chica le miró desconcertada.

—Basta con que me devuelva el capital —le dijo.

En ese entonces, ella advirtió que el vuelto de cincuenta centavos se los había metido en su cartera. Entonces introdujo su mano en su interior, sacó la moneda y le entregó.

—¡Toma, aquí está el cincuenta por ciento del capital prestado...! El resto te lo pagaré si me acompañas a la casa y solvente la deuda adquirida.

«¡Qué atrevida!», pensó el Aprendiz.

Fueron caminando sin hablarse mucho. Sólo dos o tres preguntas sobre dónde vivía, qué estudiaba, y para quién eran los remedios. Ella parecía que no quería saber nada de él, pues, no le inquirió nada sobre su persona. Al llegar a la vivienda de la joven —una villa de dos pisos con techo de planchas de asbesto-cemento, un poco ostentosa y pero nada que ver con las lujosas viviendas de las afueras de la ciudad—, le rogó —diría que más bien sonó a una disposición—, que la esperara porque al rato estaría de regreso con el dinero prestado. Ni bien entró en su residencia, El Aprendiz dio media vuelta y se dirigió para su casa.

¡Las cosas que tiene uno que vivir!, iba pensando. Nunca imaginó que ésa sería la primera de las tantas veces que la chica se le cruzó por su camino. El Aprendiz nunca supo si eran solo coincidencias o si había alguna intención velada de Raquel por encontrarse con él. Su nombre llegó a conocer por boca de sus amigos, pero no porque él lo hubiera preguntado o sintiera interés de saberlo, sino porque algunas veces le habían visto caminar con ella y se lo dijeron. Ella jamás le dijo cómo se llamaba.

A la madre de El Aprendiz nunca le cayó bien esa chica. «*Es una arribista, se cree la muy, muy... ¡Ni siquiera*

me saluda cuando pasa por la calle!>>, comentaba siempre que hablaba de ella. El día que se enteró que veían a su hijo andar frecuentemente junto a ella, no pudo creer que su adorado retoño estuviera con esa tipeja. *Tipeja*, así le decía, con desprecio.

El sueño de El Aprendiz, y también el de su madre, era que Rebeca se convirtiera en el amor de su vida. Claro, El Aprendiz jamás le dijo nada de sus íntimos deseos. En verdad, tampoco es que comentaba algo de su vida privada; pero madre es madre y sabía que se le chorreaban las babas cada vez que veía a la Rebeca. Sentía como suyos los celos cuando la veía salir con el *malandrín* del Gilberto. Su madre lo sabía, y sufría en silencio sin saber qué hacer para encontrar la felicidad de su hijo. Un día cuando estuvo lavando su ropa notó algo en el bolsillo trasero de su pantalón, era una hoja cuadriculada en la que El Aprendiz había plasmado todo el amor que un hombre puede sentir por una mujer. No le importaba que ella estuviera embarazada y que el hijo fuera de otro; si ella, sólo le diera una pequeña muestra de cariño, si ella quisiera él la amaría como nadie la hubiera amado y el hijo no sería de su amigo sería de él y lo querría tanto como amaba a su madre, a Rebeca. La ocasión en que su madre se llegó a enterar que Rebeca estaba embarazada miró a El Aprendiz y tuvo compasión de su hijo; notaba que le habían destrozado el corazón y le habían humillado. Pero sospechaba que, por la miraba que siempre tenía con Rebeca, a pesar de que iba a tener un hijo de su amigo, él la seguiría queriendo. Su madre llegó a tener celos del amor callado que su hijo y se preguntaba: *¿Cuánto hubiera dado yo por tener un amor así en mi vida?*

¿Rebeca quería a El Aprendiz? Nunca se pudo saber. Con todo lo que Rebeca hacía era difícil presumir que algún sentimiento dentro de ella bullera en favor de El Aprendiz. ¿Por qué tanto cariño guardado? ¿Por qué nunca se lo dijo?

¿Miedo al rechazo? ¿Respeto al amigo? ¿Cobardía? El corazón de El Aprendiz tampoco sabía las respuestas. Solamente se negaba a dejar de latir cada vez que veía a Rebeca, aun incluso cuando sabía que ella estaba *saliendo* con Gilberto, y más, cuando ya se encontraba embarazada él no perdía la esperanza de que algún día ella la fuera a querer.

Con el alma atormentada por un amor que no era correspondido viene Raquel a inquietarle su agitado corazón. Pero, lastima para esta chica, los pensamientos y sueños estaban completamente ocupados en otra mujer. No había ningún cariño o afecto, ni tan siquiera una pizca, reservado para nadie más. Todo le pertenecía a Rebeca. Sus sentidos vibraban por ella, y sus más nobles y bellos sentimientos no podían volcarse a otra mujer, pues para él eso sería una traición. Una traición para su propio ser, para su vida y una felonía a su orgullo masculino. El jamás sería capaz de cometer el desliz de involucrarse sentimentalmente con otra. El mundo de El Aprendiz giraba en torno a su idolatrada, Rebeca.

“Encontraron a ochenta y siete migrantes abandonados en la frontera entre Estados Unidos y México” Así se leía el titular de la prensa. El Aprendiz con el periódico bajo el brazo corre a la casa de la madre de Paúl. Con la boca seca, y el corazón palpitando a mil por hora, llama a la puerta. Sale la mamá apresurada por la impertinencia de los golpes. Cuando le comenta lo que ha leído, la madre le tranquiliza diciéndole que Paúl, recién el día de ayer, ha llamado desde Boston. Fueron tres largos meses que, El Aprendiz, no supo nada de él, por eso cuando leyó el titular pensó en lo peor. Ahora con la noticia dada por su madre su alma se tranquiliza y puede respirar en paz.

Después supo lo duro que fue le llegar; atravesar un camino lleno de sufrimiento y penalidades, y cruzar la frontera de manera ilegal. Pero lo había conseguido.

Junto con su reciente amigo boliviano lograron alcanzar su ansiada meta. Ahora que se encontraba en el departamento rentado por su primo pudo respirar en paz. Al menos por ese momento. Luego tuvo que pasar por varias vicisitudes que le obligaron a tomar una decisión que, a su madre, la tomó desprevenida.

“Como recordarás, estuvimos todo el día en aquella pequeña casa alejada de aquel pueblo olvidado del mundo cuando llegó el autobús que nos llevaría a Ciudad Juárez. Era la primera vez que escuchaba este nombre, así que pensé que sería una ciudad similar a Huaquillas, nuestra ciudad fronteriza con el Perú.

El en viaje, sentado en el autobús, el boliviano me iba relatando un pocotón de cosas que a él también le habían

contado. Con cada relato, me horrorizaba y me iba entrando el ahueve. Me contaba que era una ciudad muy peligrosa, tal vez, la más violenta de todo el mundo. Todos los días habían muchos muertos por diferentes motivos, pero los principales, me decía: eran la migración y los relacionados con el narcotráfico. Nuestros guías nunca nos mencionaron esta nota. Pero ahora que lo sabía, hijueputa, sí que me hizo temblar de miedo. Y bueno, no quedaba de otra que afrontar lo que nos viniera. Un rato de esos me quedé dormido, debían ser las dos o tres de la mañana, cuando el boliviano me da un codazo, casi le mando al carajo, chucha, pero al abrir los ojos, las luces del ómnibus estaba encendidas y un negrazo, ñaño, con una metralleta al hombro, me dice que le enseñe los papeles. Por poco me orino en los pantalones, huevón; me quedé helado. Si bien esto ya nos habían prevenido, pero ese rato frente a frente con la situación, puta, es otra cosa. Así que ya tenía preparado los documentos falsificados dentro de un bolsillo escondido de mi casaca. Parecía como si conmigo mismo, el muy cabrón, quería sobrepasarse... como si me hubiera visto las huevas... Yo en cambio, haciendo como si fuera una cosa que estaba acostumbrado hacer toda la vida, como que si fuera una rutina fastidiosa, le mostré los papeles. El boliviano le alcanzó los suyos, los miró, nos vio a la cara, volvió a observar las documentaciones y nos devolvió sin decir una sola palabra. Luego de revisar a todos los pasajeros los tres milicos se bajaron del autobús; sólo ese momento me doy en cuenta que han sido tres gorilas; el jefe, supongo, salió diciendo: ¡Gracias por su colaboración. Buen viaje! Buen viaje, chucha, ya me quitaste el sueño, cabrón, pensé. Claro, nunca se lo dije, sólo lo pensé para aparentar valentía y para infundirme valor. Cuando el bus volvió a rodar, el boliviano me dijo en corto: Ya pasamos esta prueba; el resto —así le habían contado—, ya es más fácil. ¿Más fácil?

No pude pegar los ojos en el resto de la noche. El sol iba clareando la carretera, sin embargo vi en el horizonte, aún encendidas algunas luces. Me dije, ¡ya estamos llegando a la ciudad!

De pronto, el bus se detiene. Qué rico, me dije, de aquí a pegarnos un buen desayuno y continuar con esta aventura. Me moría del hambre. Uno de los guías se levantó del primer asiento y nos dijo: “Nos vamos a ir quedando en grupos, en cada una de las paradas van a encontrar a las personas que los guiarán a cruzar la frontera, y deben hacer lo que ellos les manden. Harán exactamente lo que les ordenen. ¡¿Entendido?!

Una vez que digerimos la orden añadió: desde este momento nada de comer... ¿Nada de comer? ¿Qué, pues, nos van a realizar exámenes de sangre?, pensé burlonamente. Casi enseguida nos preguntó: ¿Quiénes quieren ser del primer grupo? El boliviano se levantó de su asiento. Como creía que el man sabía algo más de esta putería, yo también me levanté. Nos bajamos junto con otros paisanos. Estábamos frente a un inmenso galpón, parecía de alguna bodega de productos alimenticios, nos hicieron pasar adentro. En el interior había una hilera de cuatro a cinco tráileres. De dos en dos nos fueron colocando al fondo de vagón. Antes de subirme, puta, me acerqué al boliviano y nos estrechamos en un fuerte y sentido abrazo. En todo el trayecto había sido más que mi hermano. Fue un abrazo, chuta, como jamás he dado a nadie... ¡Casi, casi lloro, puta! Me coloqué al fondo y me senté con las rodillas encogidas, al otro lado se acomodó otro migrante ilegal. Luego empezaron a subir las mercancías y nos quedamos al fondo envueltos en una oscuridad total. Ni te cuento, chucha, fue el viaje más espantoso del que te puedas imaginar.

No sabía a dónde me llevaban, no sabía en dónde estaba, y con un hambre del putas, y sin poder decir ni una

sola palabra con otro acompañante. Ni recuerdo cuántas horas estuve así. Me dolían las nalgas, se me acalambraban las piernas, se me escaldaban los huevos... Cuando sentí que el vehículo se paró, pensé que todo terminaba, empero, sólo era la primera parada.

Al rato, cabrón, oí que abrían la portezuela del vagón... y escuché algunas palabras, que supongo, eran en inglés, pues, no entendí hostia. “Aquí nos agarran”, fue mi pensamiento. Luego de un rato, cerraron la puerta y el camión empezó a moverse nuevamente. Cuando ya iban por la cuarta parada, pensé que sucedería igual que las anteriores, es decir: abrirían las portezuelas, escucharía algunas frases en inglés y luego de nuevo al dolor. Pero, en esta ocasión, no se abrieron las puertas del furgón, ¡habíamos llegado! Estuvimos un largo tiempo en silencio esperando a que abran las portezuelas. El camión hizo algunos giros y escuchamos algunas risotadas en el exterior. De pronto, abrieron las puertas y traté de respirar todo el aire nuevo que entraba. Escuché el ruido de una máquina que se aproximaba. Era un montacargas iban vaciando el vagón y poco a poco pudimos ver la claridad del día... Pero, de otro día, huevón.

Habíamos pasado cerca de veinte cuatro horas en una misma posición sin comer ni dormir.

—Bueno, carnales, es hora de que empiecen cumplir sus sueños —nos dijeron—. Y también los nuestros... ¡A ver si se van cayendo con la lana!

El pacto consistía en entregar la mitad del dinero en nuestro país y el otro cincuenta por ciento una vez que llegáramos a los Estados Unidos de Norteamérica. De la bragueta del pantalón, cosido entre una manga y el tiro descosí la tela adicional y le entregué los dólares.

De ahí en adelante, y más en ese país, ya no sois nadie. Nadie te mira, nadie te pregunta cómo estás, no les importa si estás vestido, si has comido, si tus ropas están planchadas... nada, cabrón.

Me indicaron cómo tomar un vuelo a Boston y llegué al siguiente día al aeropuerto de esa gran metrópoli. Con la dirección en la mano llegué al departamento de mi primo. ¿Crearás que estuvo allí? Nada, huevas. Tuve que esperar a que él saliera del trabajo. Cuando me vio, puta, le dio un alegrón de la puta vida. Yo pensaba encontrarme con un “departamento”, pero sólo era un ñuto cuarto; el baño y la cocina compartían con un dominicano. Buena gente, ese tipo, pero era un hijo de puta... Según me contó el primo, había como unas tres hembras que le querían hacer cargo de los huambras... Es un chucha, qué se va a dejar...

Esa noche me acomodé en el piso. Me ofreció que durmiera en su cama, pero imagínate, huevón... Dormí como si no hubiera pegado los ojos en cien años...

Al día siguiente, se portó súper chévere el man. Al salir para el trabajo, me dijo: “Hoy le hablo con mi jefe para ver si hay un chance para ti”.

Me quedé en el cuarto todo el santo día, sin hacer nada, chucha. Comí algo de lo que le pertenecía de la nevera compartida y... ¿Qué más podía hacer? No me atrevía a salir de allí. No conocía nada y me daba ahueve salir y que me agarren los de la migra...

En esa misma semana entré a trabajar en la misma factoría del primo. Puta, pero no sabía nada, cabrón. Joyería. Cuándo, huevón, he hecho algo de esa mierda... Me tocó aprender, pero me fue mal. A las dos semanas me echaron de allí. Ándate a buscar trabajo en algún restaurant, me dijo mi primo. A una semana de andar de vago conseguí, en un local de unos chinos, el trabajo de lavar platos.

¿Sólo Platos?

Platos hubiera sido poco, cabrón. Entraba a las nueve de la mañana y, desde que me cambiaba de ropa, hasta la cinco de la tarde, estaba metido en unas ollas inmensas, raspando los fondos pegados de comida y fregando todo el hollín exterior. Tenía que dejar brillando las putas ollas, sartenes, cazuelas... Salía con la espalda hecho leña. Al llegar a mi cuarto, —por cierto, al mes de estar viviendo con el primo me fui a vivir aparte, me costaba un chorro de dinero, pero otra cosa es vivir separado. Vos sabes: a los tres días el muerto empieza apestar y el primo ya me estaba viendo con cara de gil, chucha, quería que pague toda la renta y él, dizque, ponía la comida; en todas partes los vivísimos queriendo aprovecharse de los pobres cojudos, puta, no le di el gusto, me salí... pero todavía nos seguimos viendo y de, vez en cuando, nos reunimos para tomarnos una cervezas...—; al llegar al cuarto, te decía, me frotaba con mentol chino que mi vieja me mandó en alguna ocasión, me aliviaba el dolor, un rato; pero al siguiente día, chuta, la cosa era seria. Al sexto mes mi espalda ya no aguantaba más. Me despedí solito. Me acerqué donde el dueño chino y me hice entender que mi lumbago estaba jodido... Me liquidó hasta el último centavo, no me quedó debiendo ni un sólo dólar... y todavía, al despedirme, en un mal español, me dijo: —Si otlaves quíeles tlabajal... las ollas te estalan espelando...

Escuchándole, y por la amabilidad con que me ofrecía nuevamente el trabajo, puta, casi me doy la vuelta, le devuelvo el pago recibido y me regreso a la cocina... No. Salí del restaurant y me vine al departamento, entonces me pregunté: ¿Y ahora...? ¿Dónde consigo un trabajo sin que requiera hacer mucho esfuerzo?

Anduve como dos semanas sin camello. A la tercera semana me entró la desesperación... Los pocos ahorros se me iban agotando. Tampoco quería llamarle a mi vieja. ¿Para qué? No, brother, eso le hubiera preocupado... Mi

deuda la estaba pagando puntual... Faltaban pocos días para que envíe una nueva cuota... Pero, mi hermano, lo que tenía apenas me alcanzaba para la comida y pagar una o dos semanas más la renta del cuarto. En esas dos semana ya se me había pasado el dolor de la espalda... ¿Te creerás si te cuento que regresé dónde el chino? Pues, puta, no me quedó de otra... Estuve así como unos cuatro meses. A veces, me dolía en las tardes al salir del camello; en otras, amanecía al pelo...

Una mañana, me acosté súper bien, sin embargo ya no pude levantarme. Me asusté, hijueputa, no podía ni moverme. Haciendo un tremendo esfuerzo logré levantarme y pude salir; caminé como un inválido hasta el metro y me fui al trabajo cogiéndome a espalda. Llegué tardísimo. El chino se me quedó mirando y viendo mi estado, no sé si tuvo compasión o rabia... pero el cabrón, me llevó a su oficina y me entregó la paga de toda la semana a pesar de que aún no era viernes...

—¡Lecupelate y vuelve, señol, ya estés bien...!

Enfermo y sin trabajo. Así estuve como dos meses. Sin puta medio ni para la jama... me fui donde el primo a pedirle un billete. Compré un boleto de avión y me regresé al Ecuador. A mi viejita casi le da un patatús cuando me vio entrando en la casa. Al principio me reclamaba todos los santos días de por qué había sido tan cobarde en regresarme... que mirara al fulano, al hijo de la ni se cuántos que ya tenía casa nueva, carro nuevo y... Chucha, yo me sentía mal, brother, súper mal... eso me iba deprimiendo. Muchos días al despertarme ya no quería levantarme ¿Para qué?, me decía. Me tapaba con la cobijas hasta que mi viejita, cabreada, me insultaba de todo, que soy un vago, un bueno para nada, que esto y que lo otro... Yo, nada brother, no reaccionaba... Tampoco le conté que mi espalda estaba jodida. ¿Para qué?

Una noche, todavía era pronto, yo estaba en mi cama y mi vieja en el otro cuarto conversaba con una vecina. Escuché lo que ella le contaba. Me mandaba a la mierda, brother, diciéndole que no hacía nada y que pronto se cumpliría el mes para pagar la deuda; que ya no tenía dónde pedir prestado, y que lo poco que ella ganaba apenas alcanzaba para comer... Entonces, me entró una congoja, una tristeza terrible y me puse a llorar quedamente. Así estaría bastante tiempo, no me acuerdo bien, pero cuando mi mamá entro al cuarto, se asustó y me tuvo compasión... ¿Pero qué te pasa Paulito? ¿Cuéntame...? Yo nada, brother, no quería decir nada... Sólo lloraba. Se acercó para abrazarme y cuando me puso en su regazo pegué un tremendo grito. Chucha, me quiso acomodar pero en cada movimiento me provocaba unos tremendos dolores en mi puta espalda. Me puso boca abajo en la cama y trató de darme unos masajes. Pero con cada pasada de sus manos me retorció del dolor... Se quedó un rato quieta, me dio la vuelta pensativa... Y le conté todo. Al rato, brother, ella lloraba conmigo.

No sé cómo salimos de la casa, pero me desperté en medio de un cuarto semioscuro, chucha; ya creo que me morí, pensé; entonces, vi a unos tipos con mandiles celestes que me ponían unos aparatos enormes en la espalda. Mi madre, mi viejita, me llevó en silla de ruedas de un lado para otro dentro del hospital. Estuvimos un buen tiempo esperando delante de una puerta, no sabía de qué se trataba, cuando salió una enfermera y nos hizo pasar. El doctor me vio y colocó las radiografías que llevaba mi madre en un aparato para verlas a trasluz. Ahí estaba mi columna vertebral echo una cuica, parecían las rieles del tranvía pasando por la Chola Cuencana. No le entendí muy bien el diagnóstico, sólo comprendí que estaba “cagado”. En poco tiempo ya no volvería a caminar, y que una operación, a más de carísima no había seguridad de que vaya a quedar del todo bien.

Salimos y mi madre me llevó a la casa casi amarcando. Mi viejita, loco, me trajo y me puso en la cama. Salió del cuarto y la escuché llorar. En vez de ser una ayuda me había convertido en una carga, loco, una carga pesada nada fácil de sobrellevar.

A la semana de eso, mi madre, me trajo una silla de ruedas. No sé cómo lo consiguió, pero ahí estaba. Me acomodó, me tapó las piernas con una cobija y me llevó donde un curandero, de esos que arreglan dislocaduras de huesos. Yo no creía en esos charlatanes, pero estaba en manos de mi madre y soportaba lo que ella quisiera hacer: sabía que todo lo que estaba haciendo lo hacía por mí bien.

Más lo que me hizo doler el hijueputa, pero salí igual. En las noches, sin decirme nada, mi viejita me frotaba la espalda con pomadas hechas a base de hierbas raras de hojas de coca y marihuana, y manteca de culebra. Siempre lo hacía en silencio. Yo sufría. Era un dolor del alma, brother, un dolor peor que el de mi espalda. Mi madre no me decía nada, pero sé que en su interior debía estar pensando: “¡Qué mala suerte! Cuando se fue miyo imaginé que nuestra situación mejoraría, que tendríamos casa, que dejaría de andar cocinando y lavando para otros, que comeríamos chuleta los domingos y café con leche todos los días... que me llevaría a pasear en el carro, que me compraría unos zapatos suaveцитos en el Coral, que iría de compras al supermercado... Y la deuda, por Dios, ¿de dónde sacaré para pagar el otro mes...? ¿Y el siguiente...? Ya nada, las tierritas que me dejó papá ya se las llevó el coyote... ese desgraciado... no perdona ni un día de los intereses... ya mañana ha de venir a gritarnos...!Qué se puede hacer! ¡Qué mala suerte! Sin embargo, lo importante es que Paulito se cure...”

Pensar en lo que mi madre estaría pensando, pero que no me decía nada, me carcomía el alma, brother... Me desgarraba las entrañas. Y ¿yo? Invalidez para toda la puta

vida. Ser una carga pesada para mi vieja, no aguantaba... Los días pasaban y cada vez iba de mal en peor. Tanto mi cuerpo como mi alma íbamos cayendo en un pozo sin fondo. Mi madre me atendía en silencio y cada vez que salía del cuarto la escuchaba sollozar. Me deprimí la bola, hermano; no soportaba tanta huevada y debía tomar una decisión. Estuve requetebajoneado. Empero, a pesar de que mi estado de ánimo estaba en el subsuelo, me dije: Las cosas no pueden seguir así... Sufre mi madre al verme sufrir... Algo tengo que hacer. Ojalá que el remedio no sea peor que la enfermedad.

8

¿Quién es el dueño de la vida? ¿A quién le pertenece la voluntad de vivir? Antes de responderme a estas deliberaciones fundamentales de mi existir, voy a iniciar mi cuestionamiento empezando desde el principio, es decir preguntado ¿Quién eligió o dispuso que Paúl Merino, yo, viva? Puede ser que suene irónico, pero la respuesta trivial es: Nadie. ¿Será que algún dios me dio la vida? ¿Quién le dijo a ese dios que me diera la vida? ¿Yo mismo le solicité, inconsciente, antes de nacer, que yo quería vivir?

El momento en que fui concebido, no sé si fue en la mañana, en la tarde o en la noche —la verdad es que no tengo conciencia de ello—, luego de algún tiempo, nueve meses, después de que se inició mi vida, por suerte, llegué a conocer cómo mismo es que nacen los seres humanos. Supongo que muchos animales superiores, los mamíferos, lo hacen de igual manera. En las clases de la escuela, mi profesor me quitó el velo de que había venido de París envuelto en una sábana blanca, sujeto al pico de una cigüeña. Allí me explicaron que una semillita (los espermatozoides; en ese entonces así me dijeron que se llamaban, pero, cómo iba a poner en mi memoria, a tan corta edad, semejante nombre tan raro), la de mi padre, se juntó, se metió en la semilla de mi mamá (óvulo) y comenzó a crecer un niño en el vientre materno. De cómo llegaron a juntarse no me explicaron al detalle, sólo me mostraron a un hombre desnudo en medio de las piernas de una mujer. Y, así inició mi existencia. Hoy me imagino a la mitad de mí ser, mi herencia paterna, corriendo veloz por las entrañas, por las trompas de Falopio, de mi madre queriendo alcanzar el tren que ya se me hacía tarde y fuera a perder el viaje de mi vida. Ese pequeño animalito, el más ágil, el “más pilas”, el más

veloz, le ganó la carrera a millones que competían con él. Si él gusanito, o sea yo, no hubiera llegado primero ya no hubiera sido yo, ¿hubiera sido otro? ‘Un hermano?’. No lo sé. Lo cierto es que la mitad de mi yo —la parte contribuyente de papá— se juntó con la otra mitad —la parte aportada por mamita— luego de un proceso, largo y complicado, estaba ya viviendo en el vientre de mi madre. Pero seguía inconsciente.

Se puede decir que era yo, pero seguía sin saber que era yo.

Entonces, luego de nueve meses de gestación, nací. Pero, verdad, ni en ese momento era yo. Era un recién nacido, un bebé. Un inocente niño. Luego me llevaron a las pilas bautismales —yo no les pedí, ni siquiera sabía que era yo el que estaba siendo bautizado— y allí me dieron un nombre: Paúl Merino. Y con este nombre me registraron en el Registro Civil —Qué iba a saber yo de todos estos trámites: de madrugadas, de manchas negras en mis inocentes deditos, de señoritas bravísimas atendiendo a regañadientes a mis viejitos; les aseguro que de saberlo, a lo mejor, renunciaba a que me registraran—. Bueno, así, poco a poco, la sociedad, de acuerdo con las condiciones en la que se desenvolvían mis padres, fueron influyendo en mi vida: idioma, tradiciones, creencias, comidas, bebidas, vestido..., y, en mí, fue naciendo la conciencia de la existencia. Y, sin darme cuenta, no me recuerdo el día, de pronto, ya era yo el que vivía. Yo, Paúl Merino. Desde ese entonces he sido yo. Bueno, casi nomás. Quise estudiar y mi madre no tuvo los medios económicos suficientes... salí del cuarto curso y no volví a saber nada de los saberes filosóficos, culturales y científicos... Hubiera querido tener una familia. Empero, mi padre, cuando supo que iba a nacer, abandonó a mi madre, y su aportación a mi existencia fue sólo de su espermatozoide, sólo de uno. Nada de cambio de pañales ni de recibir el biberón caliente apegado a su pecho; ni de cambiarme

de ropa o de darme de comer en la boca...Añoré que me leyera cuentos de hadas en las noches, y siempre me dormí sólo. Mi madre tenía que trabajar en las noches y cuando regresaba ya me encontraba dormido...

Alguien golpea la puerta.

—¡Hola Aprendiz! ¿Qué milagro te trae por acá...?

—Pues... Supe que estabas enfermo y, aprovechando que iba para la Universidad, he pasado un ratito a visitarte. Y, ¿cómo te va?

—Ya vez... ¡Jodido!

—Bueno, no es para tanto... —dijo El Aprendiz, sin dejar de mirarle. Paúl se movió con su silla de ruedas permitiendo que El Aprendiz pasara a la sala. Una vez dentro, Paúl, le invitó a sentarse en una agradable banqueta de madera. Cuando se acomodó, El Aprendiz, le volvió a preguntar:

—¿Cómo te ha ido? Supe de tu dolencia y, quiero que sepas que lo siento muchísimo.

—Más me duele el alma y la vida que otra cosa...

Y empezó a relatarle todo lo que le ocurrió desde que salió de la casa solariega antes de emprender el viaje a la frontera con Estado Unidos. Luego continuó su relato, pero era como si hablara para sí mismo.

“Sabes, no me quejo. Tuve mi vida. Tuve mis amigos y jugaba con ellos todas las tardes hasta cansarme... Me enamoré de la más bella niña del barrio... Besé y me besaron... Con mis amigotes visitamos algunas veces el barrio de las chicas malas ¿Por qué les dirán malas, brother? Si todas son buenotas y muy cariñosas... Aunque pagué la ternura recibida hice el amor con una de ellas... Luego, me llegó la responsabilidad conmigo mismo y con mi madre. El trabajo, las puteadas del patrón, los salarios y los chupes con mis pa-

nas... contigo, cabrón. Me enamoré otra vez... ésta vez sí estaba cagón... longa de mierda, ¿cuántas veces te lloré? Después me vinieron los sueños de prosperar, de luchar por conseguir una casa, un carro, ropa de marca, buena comida... Los papeles para irme a Estados Unidos, el viaje, el avión, el trabajo cojonudo y los malditos dolores de espaldas. Ahora, estoy aquí, en una silla de ruedas, inválido, pensando si merece la pena vivir. Tanto dolor, tantos sueños rotos, tanta desilusión y muchos desengaños causados a la persona que más amo en este mundo: mi madre. Entonces, me pregunto, ¿quién hizo que yo naciera en estas condiciones? ¿Seré yo mismo el causante de mi fracaso? Todo el puto día sentado en esta mierda. Sin hacer nada, sin poder hacer nada. Esperar a que regrese mi viejita para que me ayude a meterme a la cama. ¿Será esto vida? ¿Qué futuro tengo viviendo de esta manera? ¿Acaso no sufre mi viejita? ¿Seguir haciéndola sufrir...? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que me llegue la muerte? ¿Y después qué...?"

El Aprendiz le escuchaba callado. No quería interrumpirle en sus meditaciones. Eran suyas. Las respetaba. Cuando le escuchó decir: "...hasta que me llegue la muerte..." comprendió que algo estaba andando mal en la mente de su amigo. Sabía que Paúl era un creyente cristiano, así que se atrevió a preguntarle:

—¿Has pensado en acudir dónde un sacerdote...?

—Pero, ¿para qué? —lo dijo, bastante desanimado.

—Pues, qué se yo, para encontrar... —se interrumpió un momento, y terminó la frase—: ... el apoyo en Dios. Tenía en mente decirle que busque ayuda espiritual, que vaya donde un sacerdote para que le ayude con su depresión; pero, no lo dijo. Muchas veces le escuchó despotricar contra los clérigos... aunque su fe en el Creador era inquebrantable.

—No, mi hermano. Soy un fiel creyente en Dios pero, ni loco para irme a confesar donde un cura... La verdad, no

me da confianza. Te cuento: cuando le dijeron que iba a quedar inválido, mi viejita se fue de romería a Loja. Ella cree mucho en esas cosas... Pero, ya vez, he ido de mal en peor.

—¿Crees en los milagros?

—Pues... creo en el milagro de la vida, en el milagro cuando crece una flor y de los colores del cielo al atardecer... de la amistad y del amor entre dos personas...

—¿No crees que algún día te puedas curar?

—Creo que no. No.

Esta última frase lo hizo con mucho desánimo; había perdido la esperanza de ver, en un futuro, una luz al final del túnel. Su vida debía transitar siempre en ese túnel oscuro y triste. El Aprendiz quería entender los sentimientos de Paúl, situarse en su lugar para vivir lo que él vivía, sentir lo que su alma sentía y adentrarse en su cerebro para pensar lo que rondaba por la mente de su amigo. Al verle tan decaído, trató de levantarle los ánimos y le invitó a salir a pasear por la calles del barrio. Él se negó. Le manifestó que no quería sentir compasión de nadie, que mejor estaba en su cuarto: sólo. Lo intentó varias veces, pero, en cada tentativa, Paúl, encontraba diferentes argumentos para evitar salir con su amigo: no quiero ser una molestia..., cómo puedo divertirme, sentado y sin moverme, viendo jugar al vóley a los otros “*panas*”. Se negaba diciendo que ese día no se había bañado o que no estaba con la ropa adecuada. Luego de muchos noes, accedió a que le visitara en el próximo fin de semana y que, si estaba de ánimos, a lo mejor, salían juntos...

El Aprendiz, se había olvidado de sus clases en la Universidad. El Sol se había ocultado tras las montañas serranas y el cielo se pintaba de un color rojo anaranjado. ¿Estoy ante un milagro? Se terminada otro atardecer y pronto le cogería la noche. Salió de la casa un tanto preocupado y bastante apesadumbrado.

Paúl se quedó en la sala pensando en su amigo. Faltaba mucho para que su madre regresara del trabajo. Arrancó una hoja de un cuaderno que encontró medio ajado en medio de algunas revistas y periódicos viejos en el rincón de su cuarto. Lo puso sobre la cama encima de la misma libreta y comenzó a escribir. Estaba decidido: No quería volver a ver a su madre ni a su amigo. No quería que el mundo le viera en ese estado lastimero, tampoco él quería saber nada de lo que pasaba en el mundo.

—Esta noche tenemos que doblar el turno —le dijo el patrón.

—No hay problema, jefe... Esperemos que el día de los enamorados caigan muchas parejas —respondió Gilberto.

—¡Ojalá! ¡Ojalá! Si nuestro negocio fuera un motel, te aseguro que en toda la noche y madrugada no logramos pegar los ojos...

—No hable huevadas, perdone la palabra Don..., pero, para ponerse una “localcito” así, se requiere de mucha guita...

—Verdad... Está bien. Dejémonos de pensar en pendejas y alistémonos... La noche va a estar larga... muy larga.

Desde las nueve de la noche empezaron a llegar muchas parejas de enamorados, novios, amantes, amigovios, y no pararon de entrar hasta poco antes de las tres de la madrugada, hora en que decidieron cerrar el negocio. El local había sido decorado, un tanto cursi, para esta ocasión especial. Cada una de las mesas tenía en el centro un pequeño jarrón con un ramillete de rosas rojas y blancas, los manteles, ya usados en otras ocasiones similares, tenían unos apliques de corazones con flechas cruzadas, y niños Cupidos, blandiendo el arco descargado. Una luz tenue, y la música de los años ochenta y noventa, daban al bar un ambiente romántico. Cuando pasó la medianoche un tipo solo, vestido impecablemente y con cara de pocos amigos, entró al local. Se paseó por todo el salón, giró de un lado para otro y salió. El Jefe y Gilberto se lo quedaron mirando. Entonces, Gilberto le dijo al patrón: *“Seguramente hizo perder a su novia y la está buscando...jajaja.”* “No, yo creo que más bien llegó a su casa y como no encontró a su mujer, entonces la vino a buscar por

estos bares...jajaja. ” Le respondió dándole un pequeño codazo en las costillas. Se rieron de las ocurrencias. Toda la noche de trabajo fue agitada y terminaron, la jornada, agotados. De seguro las ganancias iban a ser jugosas, y en un acto de desprendimiento, pocas veces demostrado por el patrón, se sirvieron unas copas de whisky. Luego de eso, el patrón despidió a Gilberto recomendándole que fuera directo a la casita y le extendió un billete; para el taxi, le dijo.

Gilberto salió rumbo a la casa y esperó en la esquina a esperar un taxi. De pronto, apareciendo de la nada, el mismo tipo extraño que entró al bar hace un par de horas le tomó del brazo imponiéndole a que fuera con él. El apretón era enérgico, sin embargo, Gilberto hizo esfuerzo por escaparse; entonces, el hombre, abrió una tapa de su leva, y le mostró un revolver en su cintura. Caminaron uno delante del otro hasta un automóvil negro estacionado a unos treinta metros calle abajo. Al llegar, el tipo le abrió la portezuela de atrás y le indicó a que subiera. Allí se encontraba el mismo caballero que aquella noche le había invitado a ser parte del negocio de la venta de droga. A su lado estaba sentada una mujer, en minifalda, dejando ver unas torneadas piernas. Gilberto hizo un esfuerzo por recordar si era la misma chica de la ocasión anterior, pero, ¿cómo recordar?, si todo este asunto ya se le había olvidado.

Un vez que estuvieron acomodados: la pareja en el asiento de atrás; Gilberto iba entre el chofer y el tipo que lo había escoltado; entonces, el automóvil partió. Se alejaron del centro de la ciudad hacia un sitio desconocido. En el trayecto nadie habló y Gilberto se puso nervioso a medida que pasaba el tiempo; sus manos sudorosas las pasó por las mangas del pantalón esperando secarse y calmar su intranquilidad. Temía por su vida. Observó como las luces de los edificios y del alumbrado público, de calles y avenidas, pasaban titilantes. Viajaban por la vía pavimentada que conducía hacia la ciudad

de Azogues, hasta que, no sabe dónde, el auto curvó por una carretera lastrada. Luego de recorrer unos cinco minutos se estacionó muy cerca de la cuneta. El chofer encendió las luces internas. Gilberto no tenía nada qué preguntar sólo esperaba lo inevitable. El caballero abrazando a la mujer, desde su posición en el asiento de atrás, le dijo: “Bueno... ¿Qué has decidido?”

Una semana después, Gilberto, le dijo a su patrón que había resuelto irse a buscar fortuna en el Norte. No especifico nada más. Mentía. ¿Qué podía hacer?, era su vida y cada quién busca la forma de vivir de la mejor manera posible. Su jefe no puso objeción a su salida. Cuando se despidió, le dio un fuerte abrazo, le deseo suerte y disimuladamente le metió dos billetes de cien dólares en el bolsillo de su camisa. Te van a hacer mucha falta, le dijo a modo de disculpa. “*No lo creo*”, pensó Gilberto.

No se lo volvió a ver, recorriendo los bares, por mucho tiempo. Una noche de baja clientela en su antiguo trabajo, Gilberto, pasó por el lugar. El local no había cambiado casi nada, las mismas mesas, las mismas lámparas, los mismos adornos, parecía que la misma botella de whisky con la cual brindaron las ganancias de aquel 14 de febrero seguía en el escaparate sin consumirse del todo. Lo único nuevo era el mesero que atendía los pedidos. El joven nuevo mesero se le acercó para recibir el pedido. Esta vez era Gilberto quién iba muy bien acompañado. Vestía un traje negro, impecable, hecho a la medida, sus zapatos estaban muy bien cuidados, lo más seguro es que fueran recién adquiridos; y completaban su elegante figura una camisa rosada y una corbata de seda celeste. La mujer que iba con él, caminaba a su lado sujeta al brazo de Gilberto, quien metido sus manos en los bolsillos delanteros del pantalón; la mujer, llevaba una cartera, un tanto ridícula, pero hacía juego con los colores de su vestido bri-

llante de lentejuelas. El mesero esperó a que el caballero escogiera la mesa. Y, una vez que eligió la preferida, una mesa ubicada al fondo de la sala, casi en la penumbra, retiró la silla para que se acomodara, y fue enseguida al lado opuesto, e hizo otro tanto, para que la dama se sentara. Sólo cuando estuvieron a gusto, les extendió la carta.

Al terminar de cenar, llamó al mesero. Le entregó una buena propina y le dijo que le gustaría conversar con el dueño. Al rato llegó su antiguo jefe. Y se identificó.

No podía contarle nada le dijo a su exjefe cuando le preguntó a qué estaba dedicado. Son secretos del negocio, le había dicho. El antiguo patrón lo sospechó: *“este pendejo anda metido en negocios turbios.”* La ropa que vestía, el licor que se atrevió pedir sólo para tomarse dos o tres copas... Y, lo que más le envidió: la mujeres que lo acompañaba *¡Antes cuándo, pues! Muerto de hambre... ¡Andas metido en drogas, cabrón!*

Gilberto no podía contarle nada de su próspero negocio. No quería involucrarle en esos asuntos.

Cada semana le llegaba el “cargamento”, así le llamaban a un envoltorio de un Kilo de cocaína o mariguana. Todos los fines de semana, encerrado bajo siete llaves, en un cuarto de un hotel diferente, él tenía el trabajo de hacer pequeños paquetes de uno o dos gramos, y uno que otro de cinco gramos. Recordaba la noche en que el nuevo Jefe le había ofrecido este trabajito. *¡Casi lo dejo pasar, por huevón!* Claro, al principio tuvo un miedo del carajo, pero miedo hubiera sido poco, tenía pavor: como si tuviera citas con la muerte.

La primera vez que tuvo en sus manos el paquete por poco se caga en los pantalones y le da un patatús de puro nervios. El nuevo Jefe le había dado las instrucciones de cómo proceder. Fue una noche en que estuvo ya alojado en el hotel. Llegó muy en la mañana, pidió un cuarto para pasar el fin de

semana. Anotó en el cuaderno de registros que quería descansar y terminar algunos trabajos de escritura; y rogó para que no le impidieran pasar a quienes le entregarían, poco después, su comida. Se encerró y todo el día del sábado no salió de la habitación. En la soledad noche llegaron dos tipos; apenas se saludaron y le entregaron la “*encomienda*.” Los fulanos no tuvieron problemas al ingresar a las habitaciones del hotel; habían indicado en recepción que son empleados de una chifa y que traían a un huésped el pedido de un *chaulafán*. “*Dejaban el lunch, retiraban los platos y salían enseguida*”, habían señalado. ¡Pase, pase! “*Estos escritores tiene sus excentricidades*,” murmuró la empleada de recepción.

La contraseña siempre era la misma, es decir: *entregaba la droga y llevaba el dinero de la venta anterior*. Y funcionaba a la perfección.

Los dueños de los hoteles nunca intuyeron nada raro. El domingo se pasaba envolviendo los sobres y salía muy de mañana los día lunes, de terno y su maletín de cuero negro como quien va para las obligaciones rutinarias de un ejecutivo de negocios. Pero, ¡qué negocios!

Los sitios de entrega eran los habituales: kioscos, bares, restaurantes, hoteles, casas de citas, en definitiva: en todos los lugares de diversión nocturna. Un sitio al que nunca llegó a distribuir fue a la salida de los colegios. Si de algo se podía jactar era de que no le gustaba trabajar en estos lados. *No soy corruptor de menores*, se decía para sí. Al nuevo Jefe, no le gustaba esta “*discriminación*” pero la aceptaba bajo la condición de que todo el “*cargamento*” fuese vendido en la semana. No aceptaba devoluciones de la mercancía. Claro, nunca hizo falta. Gilberto tenía semanas en las cuales la demanda superaba con creces a la oferta, pero no quería arriesgarse a solicitar un nuevo suministro en medio periodo. Si así estaba súper bien, para qué ambicionar más. El que mucho abarca poco aprieta, se repetía con frecuencia.

Mientras dialogaba con su antiguo jefe, este lo miraba con recelo, y con envidia por la riqueza que había logrado su anterior empleado; y, sorprendido, por el cambio de su aspecto. Se había hecho crecer la barba, aunque rala se lo veía bien perfilada y recortada; y llevaba unas gafas oscuras, de esas que usan los artistas de cine o algún personaje famoso, que le cubrían las cejas muy bien depiladas y delineadas. Gilberto no prestaba atención a lo que sucedía en su rededor, pues, estaba complacido disfrutando del mejor licor del bar. La mujer que lo acompañaba no se metía en la conversación. Permanecía callada, y de vez en cuando tomaba algún sorbito de su vaso.

Sin embargo, a pesar de lo concentrado que se encontraba en la conversa, escuchó de la mesa vecina decir, a unos paisanos morlacos, que un tal Paúl Merino había fallecido. Se preguntó si sería el mismo Paúl, amigo de la barriada en Cuenca. *¿Será tanta la coincidencia?*, se preguntó. *¡No puede ser, chucha!*

Se levantó de su puesto; pidió permiso a la mujer y le dijo a su exjefe que, por favor, le esperara un momento. Llevando su vaso de whisky en la mano se acercó a la mesa contigua. Y corroboró que efectivamente quién había fallecido era un tal Paúl Merino, mas no tenía la certeza de que fuera su amigo de barrio. Les preguntó disimuladamente detalles sobre el asunto pero no logró sonsacarles mucho. Solamente le supieron informar que eran de la capital azuaya y que el Merino, vecino suyo, había viajado a los Estados Unidos, que allá se había enfermado de la columna vertebral, que luego, ya no podía caminar y estaba postrado en su cuarto... y antes de venir al Guayas habían escuchado rumores de que se había muerto... No sabían ningún pormenor adicional...

Al día siguiente, Gilberto, ya estuvo en Cuenca; había cogido el primer vuelo de avión proveniente de la ciudad de Guayaquil. Uno de sus compinches lo esperaba en un carro

negro en el parqueadero del aeropuerto. En el asiento trasero llevaba un ramo de flores que había ordenado comprar; sería para depositar en el ataúd del difunto, en caso de que fuera cierto lo que sospechaba. Subió y le ordenó que se dirigieran al “*Barrio de la Zapatería*”. Dio una vuelta por las calles aleañas; y, de pronto, divisó en el dintel de la puerta de la casa de su amigo el letrero funerario. ¡*Putá!* Cuando el carro avanzó dos cuadras, alejándose del lugar, le dijo que se estacionará. Bajó del automóvil, tomó las flores y se encamino a pie hasta el sitio donde transcurrió su infancia. Muchas remembranzas acudieron a su mente en el trayecto. Cuando estuvo frente a la entrada dudó un momento sobre si realmente quería ingresar. ¡*Huevón, si para esto viniste!* E ingresó.

En el pequeño cuarto de velación estaban muy pocas personas sentadas en silencio en unas sillas apegadas a las paredes y ordenadas alrededor del ataúd. Una señora lloraba quedamente y se sorprendió al ver entrar a ese extraño caballero. ¿*Quién podrá ser?*, se preguntó ella y los demás presentes. El hombre, luego de dejar el ramo floral junto al cadáver, se acercó a la señora y la reconoció enseguida: era la madre de su buen amigo de la niñez, y parte de la juventud, Paúl. Ella se levantó ofuscada cuando él se adelantó para abrazarla y darle su pésame. Ella seguía sin saber de quién se trataba, supuso que sería algún viejo patrón de su hijo.

Luego de darle su sentir, Gilberto se sentó en una silla junto al féretro. Al poco rato ingresó una señora, sencilla, de una belleza exquisita pero nada exagerada, en verdad se la veía muy guapa y ella estaba consciente de sus atributos femeninos, pues, sabía que su cuerpo, al caminar por la calles, no pasaba desapercibido a la miradas de los hombres.

La señora llevaba de la mano a un niño pequeño. Saludó a los presentes, apenas murmurando y con un ligero movimiento de cabeza; se acomodó en una de las sillas alrededor del féretro. La desenvoltura y confianza con la que se sentó

hacía presumir que pertenecía a la casa o era muy conocida de la mamá de Paúl. Al cruzar por el recinto no prestó ni la más mínima atención al caballero que estaba cerca de la cabecera del ataúd. Sin embargo, Gilberto, notó su presencia y la miró con curiosidad. Era una mujer muy diferente a las que él sabía frecuentar... y conquistar. Aunque habían pasado algunos años su figura permanecían invariables. ¿Será Rebeca?

A la mente de Gilberto le llegaron los momentos en los cuales ella y él caminaban, siempre tomados de la mano, por los parques y por las calles de la ciudad. Recordó las tardes enteras en las que se habían amado. Pero, a pesar de las remembranzas, en su corazón no quedaba rezagos de los afectos. ¿Realmente sintió *amor* por esta mujer? ¿Lo amó o fue sólo un cariño especial? No estaba seguro, su corazón no le dictaba nada. Ahora, en este momento, si es que hubo algo tipo de sentimiento hacia ella ya no quedaba nada. No guardaba nada por esta mujer, ni en su mente ni en su corazón. ¿Ni cenizas quedaron?

El muchacho sentado en las piernas de Rebeca giró la cabeza y miró al hombre. Su peculiar barba y sus gafas oscuras le habían llamado la atención. Se lo quedó mirando un rato sin que Gilberto se percatara. *¡La sangre chuta...!* Inquieto se bajó de las piernas de su madre y se encaminó hacia donde estaba él. Cuando estuvo cerca, la sangre de Gilberto empezó a rebullir, observó el rostro inocente y no podía negar: era igual al suyo cuando fue pequeño. Enseguida se le vino a la mente el rostro del niño retratado en una fotografía guardaba en un álbum ajado de su abuela. En seguida, su madre, Rebeca, le regañó, manifestándole que dejara de molestar al caballero y lo atrajo para sí. “*Carajo, éste es mi hijo*”, pensó Gilberto. Quiso decirle a la madre que no se preocupara, que el niño no estaba molestando en nada... Pero no. No abrió la boca. Su voz podía delatarle. En su interior le nacie-

ron unas ganas increíbles de abrazar a ese muchacho. Sus manos se le humedecieron y su rostro se encendió. Su corazón latió tan fuerte que pareció se le iba a salir del pecho. Empezó a faltarle el aire y se le cortaba la respiración. Brillaron sus ojos tras los cristales oscuros y una lagrimilla rodó por sus mejillas. Entonces, quiso gritar... Gritar que ese niño era su hijo. Le nació en su ser una ternura infinita y anhelo acurrucarlo, besuquearlo y decirle cuánto lo quería. ¿Lo quería? No lo sabía. Sin embargo, sintió en su cuerpo un inmenso deseo de liberarse de esas emociones; ganas de que salgan desbocadas, sin control, y al mismo tiempo: tiernas y brías, hacia ese niño, ¿su hijo?

No había visto nunca a ese niño. No estuvo cuando ese niño vio la primera luz. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Pero, notó que sus sentimientos eran sinceros y verdaderos. Y más, eran reales. Concibió en su pecho, por primera vez, lo que es sentir el amor verdadero. El amor incondicional, puro y desinteresado, hacia una persona. Hacia una persona a la que nunca le pediría daría nada y que nunca él le exigiría nada; Y, sin embargo, él sería capaz de darlo y entregarlo, todo. Que dejaría su vida a cambio de que la vida amada continúe. *¿Había descubierto el Amor?*, pensó. ¿Sería demasiado tarde para volver los pasos atrás? ¿Cómo recuperar todo el tiempo perdido?

Empero, ya no amaba a esa mujer. Y para estar con su hijo sabía que debería identificarse y confesarle por qué se había alejado de ella y explicarle por qué se había olvidado de toda su vida pasada. ¿Sería capaz de hacerlo? Una parte de su ser quería quedarse y la otra huir despavorido de ese lugar. No. No estaba preparado mentalmente, menos sentimentalmente, para afrontar esta situación. Entonces, para su misma sorpresa, se puso de pie y salió sin despedirse. Los presentes le observaron marcharse y en el ambiente se respiró cierta tranquilidad. El mal aire se había ido con ese hombre.

Justo cuando ya salía, en el umbral de la puerta, se cruzó con el Aprendiz, quien, viendo salir apresurado a un hombre, se hizo hacia un costado dejando suficiente espacio para que pase el caballero. Apenas movió la cabeza a modo de saludo. El Aprendiz alcanzó a reconocerlo a pesar de la barba que cubría su rostro y de las gafas oscuras que ocultaban sus ojos. Él, también lo reconoció.

Adiós mi querida Mamita.

Perdóneme madre mía. Perdóneme por todo el dolor que le puedo causar. Quizá mi partida sea el descanso y el alivio de las penas padecidas en su juventud. Cuando haya partido, estoy convencido que los recuerdos del sufrimiento se disiparán con el tiempo y volarán al campo de lo no vivido. El tiempo cura las heridas, me solías decir, y con mi ausencia pensarás que, en el pasado, nada malo te ocurrió. Esas malas evocaciones volarán lejos y se perderán en las tierras del olvido. Aunque nunca me contaste, madre mía, yo lo supe. Si madre, lo supe, por eso quiero irme lejos, tan lejos donde mi presencia no te traiga rencorosas evocaciones. Siendo su hijo, sólo por ser su hijo, me amaste. Y me amaste desde que nací, desde el mismo instante que salí de su vientre. Sin embargo, cada vez que usted miraba mi rostro, o me acariciaba el cabello, sentía que le devolvía al pasado.

Nunca me contaste, madre... ¿Por qué nunca lo hiciste? ¿Sólo por no verme sufrir guardaste, en tu mente y el corazón aquel dolor? Ese recuerdo te carcomía el alma. Lo sentí desde muy pequeño, cuando me acostabas en la cama al lado tuyo, y llorabas en silencio hasta que te quedabas dormida. Yo, también, calladito lloraba, madre mía, y me abrazaba a tus pechos para ocultarte mis ojos llenos de lágrimas. Me criaste y de diste todo el cariño y bondad para convertirme en un hombre bueno, libre y feliz. Temías que me convirtiera en esa persona que tanto daño te hizo. Cada día percibía ese temor y estabas atenta a todos mis actos. Me vigilabas... Pero, madre, usted sabe que nunca quise defraudarla... Y la decepcioné.

Me fui a buscar fortuna y le traje más dolor. Con cuánta bondad me habías cuidado en mi enfermedad... pero... No quiero ser una carga de su pasado y de su futuro. Su pasado se quedó trunco al tenerme, y al estar, ahora, en este estado lastimero siento que estoy deteniendo su futuro. Usted, madre, tiene derecho a su vida. Una vida que mi presencia la está impidiendo realizar. Le amo madre. La amo mucho. Le quiero decir que, usted, es la única persona en el mundo a la que he amado de verdad. Y, por ese mismo amor que le profeso quiero dejarla libre. Libre para que vuele a cumplir sus anhelos y que sus sueños se vuelvan realidad cuando me vaya.

Si con mi presencia le traía doloridos recuerdos quiero que con mi ausencia convierta sus tristezas en la felicidad de vivir.

Recuérdeme con amor, madre. Si el origen de mi vida fue el inicio de su padecer, que el final de mi existencia sea el comienzo de su gozo por vivir.

La amo madre.

Su hijo, Paúl.

La madre de Paúl, dejó caer la carta al suelo y una tristeza muy grande, más inmensa que el mar y el cielo, se colaron por su mente y lloró por todo el sufrimiento padecido. Lloró por lo que no lloró durante más de veinte años. Todas las lágrimas guardadas salieron inundando el espacio de su vida presente. De su pasado le llegaron los recuerdos que provocaron en su alma el rencor de no poder, aunque quisiera, cambiar nada de lo ocurrido y la rabia por la resignación, asumida cobardemente, por no haber tenido el valor de elegir su propia vida a cambio de una vida que ahora se iba.

Sumida en su abatimiento, se preguntó: ¿De qué ha valido todo el sufrimiento soportado? ¿Por qué ahora él decide irse dejándome sola? ¿Por qué no hice lo que tuve que haber realizado en su tiempo? ¿Para qué me acostumbraste a tu vida si algún día te ibas a ir?

El futuro se le presentaba incierto. Fue su hijo quién le animó a seguir con su vida; ahora que no lo tenía, que se había ido sin su permiso, ¿tenía sentido la vida? ¿No sería mejor seguir sus pasos y encontrarlo allá, en el infinito? Por él había crecido en su ser el sentimiento del amor. Pero sin él se quedaba sola, sin que nadie sea depositario de su cariño. Ya no había nadie que ocultase su tristeza. Queriendo a su hijo tapaba la vergüenza, la ira y la rabia de la ignominia padecida. Sentada en la banqueta se remontó hacía aquellos aciagos días.

“Aún resuenan en mis oídos la advertencia de que regresara pronto a casa. Que no me quedara hasta muy tarde en la casa de la amiga. Pero, ¿qué podía hacer? Me invitaron a la merienda y, como muy pocas veces tenía el placer de una cena, no me quería perder el plato de arroz con frijoles y la carne de cerdo frita. Desde la sala nos llegaba el olor provocativo. Se hizo tarde; y, mi amiga se ofreció acompañarme a la estación del bus, pero me negué argumentando que estaba cerca y que no habría problema. No sé por qué mentí. Mi cuarto no estaba cerca y tendría que coger más adelante el autobús. Al despedirme le dije: “No te preocupes, siempre he caminado sola y nunca me ha pasado nada...” Malo es decir: de esta agua no he de beber... Cuando salí para mi vivienda —un cuarto alquilado al otro lado de la ciudad— ya estaba oscureciendo, pero para llegar a la parada del autobús debía caminar algunas cuadras, así que cogí el atajo por medio del parque. Pocas lámparas estaban encendidas, y alumbraban con una luz mortecina las veredas dejadas en el

pasto debido los infinitos pasos de la gente al cruzarla diariamente. Los árboles proyectaban unas siluetas misteriosas en los espacios verdes. En la cancha de vóley, ubicada en un extremo del parque, estaba un grupo de jóvenes toqueteando la pelota. Al verlos me arrepentí de no haber aceptado el ofrecimiento de acompañarme. Sentí unas ganas tremendas de volverme, pero continúe mi camino sin llamar la atención esperando que mi presencia pase desapercibida. Al pasar cerca de ellos detuvieron el juego y todos voltearon sus miradas hacia mi caminar. A algunos les escuché decirme ciertas galanterías, otros me lanzaron piropos subditos de tono... Tuve un poco de miedo y aceleré el paso. Frente al parque había una tienda abierta y la luz proveniente del interior alumbraba parte de la calzada. Esa luz me tranquilizó. Pasé la luz y seguí caminando. Al final del parque había una calle apenas iluminada donde se encontraba estacionado un automóvil con dos individuos sentados en su interior y otros dos tipos arrimados al capó delantero. Me paré en seco, sin embargo, me armé de valor y continué mi camino. Enseguida noté un olor bastante extraño y me provocó un ligero mareo.

Siempre me había comportado de una manera diferente a mis cinco hermanos: Tres varones y dos mujeres. Ellos me decían que era la persona más valiente del pueblo. Que con mi carácter llegaría lejos, muy lejos... Aún no sé qué destino me presagiaban. Lo cierto es que: nací en un pueblito muy alejado en el Oriente. Mis padres, “colonos”, les decían, migraron a esas tierras en busca de un mejor futuro para nosotros, sus hijos. Llegaron a poseer grandes extensiones de terrenos, los cuales con su duro trabajo, desde la madrugada hasta el anochecer, lograron dominar y los volvieron cultivables. Cuando ya crecimos, yo era la mayor de mis hermanas, mis padres se sintieron en la obligación de proporcionarnos los estudios. Fue así que ingresé a estudiar, era

apenas una niña, a una escuela pluridocente del pueblo. No quiero ser presumida pero me defendí muy bien en la escuela primaria. Tenía las más altas calificaciones del grado, por lo que el profesor habló con mis padres para que mi talento no fuera desperdiciado. Con esas recomendaciones me mandaron a estudiar a Cuenca. Ingresé a un buen colegio pensionado hasta el tercer curso. Sí, sólo hasta el tercer curso. Mis padres me enviaban, todos los meses, el dinero suficiente para el pago del cuarto, para la comprar de útiles escolares y para la comida. Pero un día, en vacaciones del último año del ciclo básico, mi padre falleció. Yo estuve por allá esa temporada, pero no pude hacer nada para ayudar a mi padre. Mis hermanos aún no culminaban los estudios en la escuela del pueblo y mi madre me dijo que la vida debía continuar, que tenía que seguir con mis estudios en Cuenca. No importa hija, yo te voy a seguir ayudando, me dijo luego de que habíamos regresado enterrando a nuestro padre. Claro, la cantidad de dinero enviado después, nunca fue igual. Pero me alcanzaba para mi alimentación y para pagar el alquiler de mi cuarto. Tuve que salir del colegio pensionado a un colegio fiscal. Sin embargo, eso no hacía mella en mi esfuerzo por alcanzar una meta. Por eso, cuando los padres de mi amiga me invitaron a merendar no lo dudé por un instante, eso me ayudaba a ahorrar unos sures y podía dormir con el estómago lleno. Nunca estuvo en mis planes la infamia que me sucedió esa noche.

Cuando pasé frente a los tipos que estaban apoyados en el capó —uno era un grandulón bastante fornido, y el otro tenía pinta de no ser de por acá: era un flaco, esmirriado y tenía la mirada vidriosa y perdida—, el flaco le hizo un guiño de ojo al grandulón, rápidamente, sin darme tiempo a nada, éste me abrazó por detrás, inmovilizando mis antebrazos; con la otra mano libre me tapó la boca sin que pudiera gritar

*y defenderme. El flaco se me acercó enseguida y me apri-
sionó las piernas. Inmovilizada por los dos malandrines, es-
tos me colocaron dentro del auto. En el momento de empu-
jarme dentro del vehículo el grandulón dejó de apretarme la
boca y en ese breve instante grité algunas palabrotas y pedí
auxilio. Fueron sólo unas pocas palabras porque sentí un
golpe seco y fuerte en la boca; mi vista se oscureció y estuve
a punto de perder el conocimiento. Los otros pillos que esta-
ban en la cabina encendieron el auto y el grandulón los apre-
mió para que huyeran del lugar.*

*Mis gritos llamaron la atención de los jóvenes que es-
taba jugando a la pelota y corrieron rápidamente hacia el
carro. Sin embargo, ya era demasiado tarde. En medio de la
penumbra apenas los alcancé a ver, pues, ya estábamos a
más de cien metros de los chicos peloteros.*

*Fueron ellos, después me lo contaron, los que llevaron la de-
nuncia a la Policía y los que al día siguiente me encontraron,
medio muerta y desnuda, cerca de un poblado a la orilla de
un río.*

*A medida que avanzaba el vehículo a gran velocidad
me sujetaron con sus brazos las piernas y los brazos. El
grandulón, totalmente ido y gimiendo palabras obscenas,
me manoseaba todas las partes del cuerpo. Me quedé sin
fuerzas, mi espíritu de luchadora se esfumó y me abandoné
a soportar lo que ellos hicieran conmigo. Había perdido mi
voluntad. Temía por mi vida si ejercía alguna resistencia a
sus instintos animales. Recuerdo que me arrastraron a unos
arbustos y rasgaron mi blusa y mi pantalón. Embrutecidos
por las drogas y el alcohol se comportaban como fieras de-
trás de una presa. Olisqueando mi cuerpo y mis partes ínti-
mas se abalanzaron sobre cuerpo desfalleciente. Me des-
mayé.*

Cuando recobré el conocimiento me vi rodeado de los jóvenes que jugaban en el parque, quienes habían cubierto mi cuerpo casi desnudo con sus casacas. Al poco rato llegó gente de la Policía y me trasladaron en una ambulancia hasta un Centro de Salud. En la sala de emergencia pensé que todo lo que me había pasado fue sólo una pesadilla, un horrible sueño y que, ahora, todo volvería a la normalidad. Pero no. No había sido un sueño. Era una trágica y espeluznante realidad. Mis entrañas estaban destrozadas, mi conciencia perdida y mi mente no lograba salir de la espeluznante experiencia. Estuve largo tiempo recostada en una camilla y llegaron unos periodistas a indagar lo ocurrido: no pude decirles nada, estaba en shock. Luego publicaron lo que se imaginaron o lo que les contaron los muchachos. Ese reportaje ahuyentó a los criminales, pues, nunca se dio con el paradero de los delincuentes.

En la casa de salud me cuidaron como a un bebe, todos los tratos eran delicados y nadie quería comentar ni hablar de lo sucedido. A cada rato lloraba, y no sabía si era por el mal recuerdo, por la rabia de lo que me había pasado o por el futuro que debía enfrentar con este estigma. Debo reconocer que las enfermeras me atendieron con mucho cariño. Curaron mis heridas externas con esmero mientras me daban palabras de aliento y me protegían con afecto maternal. Me preguntaron sobre mis familiares, y les dije que vivía sola, que no tenía parientes. Otra vez mentí. Me lo creyeron. Nunca quise que mi madre y mis hermanos se llegaran a enterar de lo que me había ocurrido.

Ahora que han pasado los años, frecuentemente me vienen a la mente algunas preguntas: ¿Por qué no me aplicaron algún abortivo? ¿Temor a las leyes vigentes? ¿No se contaba,

en la atención pública de la salud, con los medicamentos necesarios? No es que no le haya llegado a querer a mi hijo, pero, ¿por qué tuve que llevar yo sola la carga de criar al niño? El gobierno de ese entonces, por decirlo de alguna manera, aunque debería decir el Estado, no me brindó la protección adecuada frente a los maleantes, ¿por qué la sociedad dejó que yo asuma sola la responsabilidad? ¿Es también responsable, en parte, de lo que me sucedió, la sociedad? Me duele, haber ocultado la verdad a mi madre y a mi familia, no obstante, ¿cuál hubiera sido su reacción? ¡Cuánto hubiera querido que la sociedad y mi familia entendieran mi sufrimiento y me hubieran dado la posibilidad de encontrar una salida a mi situación! Yo no soy responsable que la sociedad tenga delincuentes, ¿Por qué tengo, o tuve, que ser yo la que asuma las consecuencias de sus fechorías? Me afectaron en el presente, en el pasado, y en mi futuro. ¿Dónde estuvo la sociedad y sus leyes para protegerme?

A la semana de estar internada salí del Hospital a dónde me habían asignado. Una vecina me recibió en su casa por dos semanas y luego regresé a mi cuarto de alquiler. Ya no quise volver al colegio. Ante mi ausencia algunas compañeras me visitaron y se condolieron con mi pesar. Me rogaron que volviera a clases. Pero no. Sentía mucha vergüenza y mis ánimos se encontraban por debajo del suelo. A los dos meses del terrible acontecimiento vino mi compañera con la que estuve estudiando la última vez. Le conté algo y le rogué que me acompañara a un laboratorio clínico. Los resultados fueron positivos. Estaba embarazada. Fue muy decepcionante. Estaba llena de odio y rabia, y tenía ganas de vengarme, pero, ¿con quién? ¿Con el hijo que crecía en mi vientre y que no lo deseaba? En verdad, debo confesarme que sí. Lo odiaba. A pesar de que era parte de mí ser, lo detestaba. No lo quería llevar en mi vientre, menos aún, cuando naciera darlo de

amamantarlo, de cuidarle, de darle de comer... No. No deseaba a ese hijo.

Una noche, mientras la vecina, la que me acogió en su vivienda, me brindaba una frugal merienda de un jarro de colada con un pan, le dije que no quería tener al niño y que me ayudara a buscar un médico para abortarlo. Se molestó y me reconvino con algunos consejos moralistas. Me decía: Mira hija, lo que tú llevas dentro es una vida, ¿acaso quieres convertirte en una asesina?; somos creyentes del Señor y la Biblia menciona que no debemos matar; ¿qué culpa tiene la pobre criatura?; es un designo y la voluntad de Dios darnos la vida, ¿acaso tú eres dueña de la vida? ¿Acaso tú debes decidir sobre quién debe o no debe vivir? ¿Quién te ha dado ese poder?, el único quién manda sobre nosotros es el Señor; ¿qué hubiera pasado si tus padres hubieran decidido no tenerte? Pobre criatura de Dios... ¡No puedo creer que tú me estés pidiendo que no lo dejemos nacer! ¿Quién te crees? ¡Por Dios! ¿Abortar? ¿Sabes cómo lo hacen? Mira, por tu vagina, perdona la palabra, te meten unas pinzas para sacarle al niño en pedazos... ¡Escuchaste! ¡En pedazos...! Trocito a trocito te la van sacando. ¿Acaso quieres ver eso? ¿A tu hijo? No hija, no te puedo acompañar para que asesines a tu propio hijo...

Además, me amenazó, si sé que estás andando en esas artimañas, te juro que me voy yo mismo y le cuento todo esto a la Policía. Cuando dijo Policía me dio ganas de vomitar. Ahora, no sé, si fue por las consecuencias propias de mi embarazo o por lo que no confiaba en esa dependencia pública. Dentro de su rol o funciones en la sociedad está justamente la protección de la gente... ¿Cómo puede amenazarme con contarles lo que a ellos les corresponde proteger? ¡Carajo!, ¿dónde estuvieron cuando...? La vecina notando mis arcadas me tranquilizó con un abrazo. Me ordenó que ya

fuéramos a acostarnos y me confortó diciendo que, a la mañana siguiente, iba a pensar de diferente manera. Me acosté rumiando mis pensamientos y los argumentos escuchados a la vecina. Cuando estuve a punto de quedarme dormida, me decidí.

Un pequeño letrero está colocado en el dintel de la puerta. La pintura de las letras estaban bastante desgastada y una capa fina de polvo y suciedad apenas dejaban leer el nombre del médico. En letras diminutas bajo el nombre indicaba horario de atención. La puerta de un color gris verdoso estaba deteriorada por el tiempo y las lluvias. Se encontraba entreabierta como invitando a que los clientes ingresaren sin tocar.

Ella, sin embargo, con sus nudillos dio algunos golpes suaves y tímidos. Esperó un breve instante y volvió a tocar. Nada. Acercó su rostro a la apertura dejada entre el marco y la puerta para intentar asomarse al interior. El espacio no era suficiente para introducir su cabeza. En la tentativa apego su cara a la puerta y ésta giro un tanto haciendo crujir las bisagras. Se alejó un tanto; luego, tomó con una mano el filo de la puerta, pretendía que no sonara al moverse; y, con la otra, dio algunos golpes más fuertes; ésta vez lo hizo con decisión y un poco impaciencia. Nada. Se retiró a cierta distancia; se quedó parada frente a la puerta durante algún tiempo. Por su mente cruzaron infinitos pensamientos sobre su futuro y el porvenir de su hijo que crecía en su vientre. Le preocupaba, ante todo, si tendría el coraje de sobrellevar la carga de un niño no deseado. ¿Qué les respondería a los amigos si preguntaban por el padre? ¿Qué le iba a contar a su hijo sobre su progenitor?

Le decisión tomada en la noche anterior cobró fuerza. Sí. No quería que nada, ni nadie, interrumpieran con su vida. La iba a continuar sin tener ninguna carga sobre sus hombros. Se acercó nuevamente a la puerta, la empujó un tanto e introdujo su cabeza. Pensó ver una sala y algunas sillas en su alrededor apegas a la pared. No. Lo que vio fue un zaguán con un

piso de ladrillo y, al fondo, un patio con césped descuidado alrededor del cual estaban algunas edificaciones bastante bien conservadas. Abrió del todo la puerta y se introdujo en el pasillo interno. No se escuchó ningún ruido. El ambiente estaba impregnado de un fuerte olor, parecía yodo y alcohol. Era el inicio de un camino que lo llevaría a su libertad. De pronto, escuchó un cuchicheo de voces que provenían de una puerta ubicada al costado derecho del patio. Se encaminó hasta el lugar. Al llegar cerca de la habitación escuchó algo parecido a una conversación que mantenían dos individuos, pero no comprendió lo que decían. Eran cuchicheos como si lo hicieran para que nadie supiera de lo que hablaban,

La puerta estaba abierta. Se asemejaba a una sala de espera, e ingresó al cuarto. Dentro estaban una pareja joven sentada en una banca de madera sobre cojines multicolores. El chico abrazaba a la muchacha. Cuando la vieron entrar, interrumpieron su conversación. Ella les saludo y se sentó en una silla frente a ellos. Así, durante un buen tiempo estuvieron en silencio. Cada quien rumiando sus pensamientos. La chica se puso de pie; y, solo en ese momento, se dio cuenta que también estaba embarazada. Esto calmó su ansiedad. Tuvo temor de preguntar cualquier cosa. Sabía de sobra el motivo por el cual ellos estaban ahí, así que optó por preguntar sobre la hora en la cual atendía el doctor. Le dijeron que la secretaria, hace un rato, les había indicado que dentro de media hora llegaba el doctor al consultorio, pero de eso ya había pasado como una hora. Afirmó con un ligero movimiento de su cabeza, y se acomodó en su silla a esperar un buen tiempo.

Recordó cómo había conseguido la dirección, los costos de la intervención, las recomendaciones que debía cumplir luego de la *cirugía*, y uno que otro pormenor. Con estos “*amplios conocimientos*” se sentía preparada para afrontar la extirpación del fruto de la deshonra que, poco a poco, crecía

en su vientre. Estaba decidida. Le había dicho a su amiga confidente que no se involucrara del todo en este caso, pero que luego iba a necesitarla para su recuperación. *No te preocupes, sabes que puedes contar conmigo*, le había dicho. ¿Para cuándo está programado? El lunes... Ya saqué una cita para ese día en la tarde, tengo listo algunos análisis que me pidió. En el laboratorio ya me dijeron de cuántas semanas estoy embarazada... Sí. Todo está listo.

Se había quedado dormida. Al despertar ya no vio a la pareja de muchachos. Estaba sola en el cuarto. Miro a todos los lados y se acercó al tabique que separaba la sala de espera con el recinto interno y dio algunos golpecitos. Al rato salió, por una puerta lateral, una señorita que le dijo que tuviera un poquito de paciencia que pronto el doctor estaría con ella. *¿Ya vino el doctor?*, preguntó. Sí, este momento está ocupado en otra operación... Apenas acabe, le atenderá a usted.

Entonces escuchó unos quejidos. Eran unos sollozos que provenían del interior. La asistente del doctor al dejar abierta la puerta hizo que los ruidos provenientes del quirófano se escaparan al exterior. Los llantos eran muy lastimeros. Fueron muchas frases entrecortadas las salían del interior: ... me duele... no está tranquila mi conciencia... ahora, mi diosito qué dirá... nunca más... nunca debí hacerlo... me duele mucho...

La madre de quién se llamaría Paúl sentada en la sala escuchaba con atención los gemidos... Su decisión empezó a flaquear y le nacieron dudas sobre si lo que estaba a punto de hacer era lo correcto; se preguntaba si realmente iba en contra de la vida del niño que crecía dentro de su ser. Pero no, había venido a deshacerse del peso que le evitaría, en el futuro, tener su propia vida. Ya lo había decidido y no era hora

de echarse atrás, Además ya tenía pagado un adelanto. ¿El dinero puede comprar la vida de un ser humano? ¿Si lo dejo y me marcho para siempre? ¡Qué carajo!

Cuando salió la secretaria no encontró a nadie en la sala de espera.

“*La vida es dura...*”, se decía mientras se dirigía hasta la casa de su amiga confidente. Había llegado a la conclusión que continuaría con su vida... al lado de su hijo. La vida...

—¿Gilberto?

Gilberto siguió de largo.

—¡Gilberto! —gritó, El Aprendiz, cuando ya éste se encontraba a cierta distancia. Gilberto no detuvo su caminar; sabía exactamente quién le llamaba, y continuó calle abajo sin revolver la mirada hacia ningún lado. Estuvo a punto de ingresar en su vehículo cuando el Aprendiz le tomó del brazo.

—¡Gilberto...! ¿Eres tú? —le inquirió, y trató de que su mirada traspasara los cristales oscuros para ver los ojos de su amigo.

En la mente de Gilberto se le cruzó la idea de negarse, de decirle que estaba equivocado, que se había confundido con otro hombre; sin embargo, no resistió las ganas de abrazarlo. Enseguida levanto sus gafas y mirándole a la cara, le sonrió. Le atrajo hacia sí y se fundieron en un cálido y generoso abrazo.

El Aprendiz se sorprendió de verle tan irreconocible, pero no hizo mención de su infrecuente apariencia, tampoco le preguntó el por qué ese cambio. *Cada quién tiene el derecho de hacer con su aspecto lo que le venga en gana*, pensó. No obstante, la extraña figura que tenía al frente: un hombre elegante con la barba crecida y los lentes negros, le hicieron presumir que algo estaba ocurriendo en la vida de su *pana del alma*.

Gilberto le invitó a que subiera en el auto... *para dar un paseo y conversar un rato, le dijo*. El Aprendiz se negó; argumentó que debía volver al funeral de su amigo. Era el amigo de los dos. Gilberto, asintió. Estaba de acuerdo con la decisión de su amigo. No obstante le rogó caminar un poco y

tomar unas cervezas en la tienda de la esquina. Lo cual fue aceptado por El Aprendiz.

Parados frente al escaparate del establecimiento se sirvieron a *pico de botella* las pequeñas chelas. Apenas si llegaron a conversar, aunque cada uno estaba ansioso de saber qué había sido de la vida del otro. Cuando acabaron sus bebidas se despidieron prometiéndose verse al día siguiente luego del sepelio.

La iglesia permaneció casi vacía durante la ceremonia de inhumación de su amigo, de su gran amigo, Paúl. Habían asistido algunos vecinos y muy pocos conocidos. La madre de Paul, sentada en primera fila, vestía una falda sencilla de color negro con una chompa morada de lana con abertura delantera que dejaba ver una blusa blanca lisa, se la notaba sosegada, tal vez, un tanto intranquila esperando que el sacerdote termine pronto el sermón.

Cuando se hubo terminado el oficio religioso, Gilberto se adelantó para llevar en andas el ataúd. Al encaminarse al altar donde estaba ubicado el féretro miró a El Aprendiz sentado al lado de Rebeca con un niño en sus piernas. No se perturbó más creció en su ser una gran inquietud. ¿Qué estaba haciendo sentado al lado de aquella mujer? ¿Qué hacía su hijo en las piernas de su amigo? ¿Acaso se habría casado con Rebeca?

Luego del sepelio, cuando los pocos asistentes se devolvían para sus hogares, Gilberto esperó a El Aprendiz en la puerta del cementerio. Se habían ido todos, y vio caminar por los corredores a dos o tres sujetos pero que no formaban parte de la comitiva del finado. Empezó a impacientarse cuando miró, a lo lejos, a dos mujeres y a El Aprendiz que se acercaban hasta la salida. Una mujer era la madre de Paúl y la otra Rebeca quien tomaba en su regazo al pequeño. Cuando llegaron a la salida, El Aprendiz se despidió de las mujeres y se fue

a reunir con su pana. Ni Rebeca ni la madre reconocieron al hombre. Estaban tan sumidas en el dolor por la pérdida de Paúl que, no prestaron atención ni se preguntaron quién sería ese raro caballero.

Los dos amigos fueron caminando en silencio por la calle hasta el sitio donde se encontraba estacionado el auto de Gilberto. Se embarcaron y partieron.

El Aprendiz no preguntó hacia dónde se dirigían. Ambos permanecían callados. Subieron por las calles adoquinadas de la Calle Lamar y giraron por la Benigno Malo hasta el edificio de parqueaderos cercano al Parque Calderón. Estacionaron el vehículo en la parte alta y salieron caminando por las calles céntricas de la ciudad. Ingresaron al bar de un hotel cercano. El Aprendiz se sintió incómodo, pues, nunca había estado en un lugar tan lujoso. Apenas lograron encontrar una mesa, el camarero les atendió solícito. Enseguida les sirvieron dos tazas de chocolate con un par de tamales. Comieron cada quien pensando en sus cosas. Cuando acabaron de comer, Gilberto rompió el silencio y preguntó a quemarropa.

—¿Qué relación tienes con Rebeca? Hoy les he visto andaban juntos.

El Aprendiz quiso eludir la pregunta tratando de cambiar la conversación hacia otros temas. Le preguntó: —¿Y en dónde has pasado en estos tiempos? ¿No te he visto desde hace fu de años...?

—Pues, —le mintió—, he estado bastante ocupado en algunos negocios... Que, por cierto, me han ido súper bien... Pero no me cambies de tema: Ayer en el sepelio estabas con Rebeca y su hijo. Hoy de igual manera... ¡No me digas que se han casado!

El Aprendiz aunque hubiese querido decirle otras cosas, pensó que lo mejor sería contarle la verdad. ¡Cuánto hubiera dado por contestarle que sí, que se habían casado! Su

ser interior le pedía a gritos que dejara salir todo el sentimiento que estaba guardado desde hace muchos años. Gilberto no era un ingenuo para comerse el cuento que entre él y Rebeca sólo había una relación de amistad. No. Su amigo no iba a comerse el cuento.

—Ya que me insistes te diré la verdad: Cuando supe que te habías marchado dejando a Rebeca embarazada, me dije ésta es la oportunidad para acercarme, para intimar con ella y si las cosas sucedían, pues, que se den... A la final, tú sabes, cabrón, yo siempre estuve enamorado de ella. Ella aceptó que le acompañara a sus visitas rutinarias al médico. Un buen día me atreví, y la invité a dar un paseo por el parque. Ella, siempre vio en ti al amor de su vida, pero te fue olvidando y, poco a poco, se fue curando del rencor y rabia que te profesaba. Cuando nació el bebé, estuve en el parto. Y, disculpa que te lo diga... En ese entonces, me dije: este niño es mi hijo. Así llegué a decirle a ella en algunas ocasiones, incluso antes de que naciera. Pero Rebeca no quiso que yo cargue con la responsabilidad de criar un hijo ajeno. Yo le insistía que de ninguna manera a mí me parecía ajeno... El tiempo pasó, y cuando el niño tuvo unos tres meses, no pude resistir seguir viviendo separado de ella y de su hijo... Todas las noches me dormía pensando en ellos, así que le declaré mi cariño... y, mi enfermo amor —sí, enfermo amor, si tú quieres llamarlo así—. Le confesé que estaba dispuesto a vivir con ella y con su hijo. Ella no quiso. Le rogué. No quiso. Le dije que estaba dispuesto a casarme con ella. No quiso. *Sigamos como buenos amigos*, respondía, cada vez que le rogaba. Yo no estaba dispuesto a dejarme vencer. Seguí insistiendo por muchas ocasiones, pero, a veces, lo hacía sin el convencimiento de recibir su aceptación. Una tarde cuando conversábamos en su cuarto con el niño en mis brazos, me abrazó y me besó en la frente. Creí que se trataba de una muestra de cariño de amigos. “*Todavía tu propuesta sigue en pie*”, me dijo. “*Propuesta*

de qué, pues”, le respondí un tanto sorprendido. “Pues...”, bajó la mirada y entre susurros continuó, “¿... aún quieres que vivamos juntos...?” Desde ese entonces hemos vivido juntos. Claro, no nos hemos casado. Vivimos, ¿cómo se dice?, una unión libre... Bueno, esa fue la condición que me planteó... Chuta, quiso concluir su historia, me cuesta reconocer: creo que sigue enamorado de ti...

Gilberto lo escuchaba con atención. Movi6 su cabeza de un lado para el otro como qui6n indica que no entendía a las mujeres. Aunque sabía que el hijo era suyo, Gilberto, pregunt6:

—¿El hijo de Rebeca... es mío?

—Entonces, ichucha!, ¿de qui6n puede ser?

Con esta respuesta, Gilberto hizo ademán de interesarse por la vida de su hijo. Le hizo varias preguntas relativas a cómo era su comportamiento en la casa, qué le gustaba jugar, si era juguetón o un chico tranquilo..., pero las hacía de una manera no muy convincente... No para conocerlo de veras sino para que su amigo le contara si veía en el niño alg6n indicio de cariño hacia él. Aunque, de verdad, no sentía nada por ese niño; y, menos, por su madre.

En tanto, El Aprendiz le relataba con bastante detalle todas las actividades del niño. Le relataba las múltiples anécdotas divertidas, muchas de las cuales el mismo había sido partícipe, de la corta vida del pequeño. Cuando creyó que el padre de su hijo estaría satisfecho por la descripción de las travesuras, le detalló algunos pormenores de su carácter... “*La forma en que pateo la pelota y se mueve al caminar, es igualito a ti...*”, le dijo, guardando en sus palabras un celo encubierto. Le contó esas particularidades que hubiera querido, o cuánto hubiera dado para que fueran iguales a las suyas.

El Aprendiz deseaba seguirle contando cosas de su hijo, pero Gilberto cambi6 repentinamente de conversaci6n.

—Me duele mucho de lo que le pasó al Paúl... Nunca imaginé que hubiera tomado esa decisión... ¡Es terrible! ¿Sabes cómo mismo sucedió todo?

—No. No sé mucho... Pero, estuve el día en que con su madre lo encontramos..., en el cuarto.

—¿Muerto?

—Sí. Estaba en su cama recostado en posición fetal, parecía que continuaba dormido. Su madre, muy en la mañana, había ido a despertarlo para decirle que ya se iba para el trabajo... Cuando abrió la puerta le vio acostado y se despidió. Ella supuso que al regresar ya estaría despierto. A veces las cosas que pasan en la vida son inescrutables, debían ser las diez de la mañana, y la señora, la mamá de Paúl, viene a mi casa...

—Espera... espera... ¿La mamá sale de la casa pero ya Paúl estuvo muerto?

—Así es. Ella sale despidiéndose de él. Pero a las diez de la mañana, con un permiso que le dieron en el trabajo, viene a por mí para rogarme que fuéramos a su casa a conversar juntos con el Paúl... Lo recuerdo nítidamente. En el camino me va contando que ha visto a su hijo un tanto deprimido y que le gustaría que yo le convenciera de que empezara a trabajar. Ella había acabado de conversar con sus jefes y ellos le habían prometido ayudarles...

—Entonces...

—Entramos al cuarto de Paúl y le vimos —así creímos—, dormido en su cama. La mamá se puso seria viendo que aún no se había despertado. Fue a paso acelerado donde su hijo y le tomó del brazo para que se anime. Pero él ya no respondió...

—Supe que había dejado una carta para su madre...

—Sí. Es verdad. Yo estuve parado a un costado de la cama y vi la carta asentada sobre la mesita que tenía al lado.

Con solo ver el papel confirme que Paúl, por más que su madre lo moviera y le gritara, no se despertaría. Él había decidido irse, y ya nunca volvería a estar con nosotros.

—¿Tomó veneno?

—En los resultados de la necropsia señalaron que había tomado cianuro.

—Y, ¿cómo lo consiguió semejante huevada?

—¡Putá!, de verdad no lo sé. Pero sospechamos que se vino trayendo de la Yoni. O sea, su destino ya lo estuvo trazando desde que enfermó por primera vez allá...

—¿Y su madre?

—¡Hecha pedazos! Lloraba abrazada al cadáver de su hijo, llamándole para que despertara... Le pedía perdón por haberse despreocupado de su mal... Le decía que le amaba y que si despertaba, de ahora en adelante, todo iba a ser diferente, que ella sería la mejor madre, que la cuidaría en los días y en las noches... Le prometió muchas cosas... ¡Fue tremendo, huevón! Abracé a la señora y le dije que todo estaba bien... Pero, nada estaba bien, su hijo estaba en esa cama, imuerto, loco! Yo también empecé a llorar y a recordar todos los momentos pasados con él... Cuando nos tranquilizamos un poco llamé a la Policía... Ellos se hicieron cargo de todo...

Gilberto giró la cabeza en dirección a una ventana y vi que sus ojos brillaban y una notoria lagrimilla rodaba por su mejilla. El Aprendiz, dejó que rodaran las suyas y se las secó con el dorso de su mano. Gilberto se levantó de su asiento e hizo una seña al camarero, pagó la cuenta, y le dijo a El Aprendiz que debía irse. Se abrazaron por un largo tiempo. En esa posición Gilberto le susurró al amigo: *“Cuida mucho a mi hijo y a su madre... ¿Me prometes?”*

Sabía que no había necesidad de prometerle nada. El Aprendiz cuidaría a ese niño y a la mamá porque, de verdad, él los amaba. Pero no le dijo nada a Gilberto.

En la puerta del bar estuvieron un buen rato contemplando en silencio como la gente iba y venía cada quien con sus propias preocupaciones y problemas.

—¿Te volveré a ver? —le preguntó El Aprendiz.

—Por supuesto... Pasaré por tu casa cuando los negocios me lo permitan...

Se estrecharon las manos. El Aprendiz sintió en la suya un bulto. Gilberto se encaminó en dirección al parqueadero.

Cuando, El Aprendiz, inspeccionó el bulto se cercioró de que tenía en sus manos un fajo de muchos billetes de cien dólares. Quiso correr para alcanzar a Gilberto y pedirle alguna explicación, pero éste ya había desaparecido. Movi6 su cabeza, sonrió e hizo cuentas mentales de a cuánto le iba a tocar a Rebeca, a su hijo, y a la madre de Paúl. Guardó el dinero en el bolsillo de su pantalón y se dirigió a la casa a continuar con su vida.

EPÍLOGO

Ya ha transcurrido mucho tiempo desde que mi abuelita Rebeca me confesó todas estas historias. Cuando me las contó me hizo prometer que nunca las delataría. Que sólo las podía divulgar una vez que ella falleciera. Pues, ella murió hace dos días. Ayer la enterramos en el cementerio local; y, hoy, apenas llegué a la casa, me dispuse a escribirlas. Pueda que muchos detalles los haya olvidado pero en esencia es todo lo que ella me relato. No sé si les cause algún sentimiento, pero siendo que son cosas íntimas, de mi abuela y de mi familia. Les dejo a volar al viento, quizá se pose en alguna ramita de toronjil y calme los nervios de mi querido abuelo. Sí. Es sólo mi abuelito de cuidado, El Aprendiz. Él está con vida pero aún sigue enamorado de mi abuelita, y dice que lo hará hasta el último día de su existencia. Mi abuela Rebeca, nunca dejó de pensar en Gilberto. Cada vez que pronunciaba su nombre los ojitos se le encendían y soltaba un largo y muy sentido suspiro. De él, mi verdadero abuelo, de Gilberto sólo tengo algunos vagos recuerdos. Se me viene a la mente la primera vez que lo conocí. Yo salía del colegio, estaría en cuarto o quinto curso, y miré a un tipo bastante elegante con el pelo cano y con un bastón en la mano parado en la esquina. Me llamó por mi nombre y me acerqué. Le salude, tal como me había enseñado El Aprendiz, es decir con educación y cortesía. No supe de quién se trataba, sin embargo, él preguntó por mis abuelitos. Al decirle que todos estaban bien, se marchó sin decirme nada más. Me pareció muy extraño, así que, luego se lo conté a mi abuelita Rebeca. Y esa misma noche la abuela me llamó a su cuarto, y me contó todo lo que les estoy relatando. No creo que necesite detallar más sobre las historias contadas, pues dudo mucho que les pueda importar. Terminaré confesando que mi papá

se despegó de nuestras vidas, de mi madre y de mí, cuando apenas tendría unos diez años. No lo he vuelto a ver desde el día en que se marchó. No lo extraño, pero tampoco le guardo rencor, menos cariño. Mi madre me llevó a vivir con mis abuelitos y enseguida me tomaron una estima profunda. El abuelo es toda una leyenda, se la sabe todas. En sus ratos de ocio, me contaba unas historias increíbles de los primeros inventos de la humanidad y de los últimos avances científicos; de algunos relatos mágicos de telarañas; y, claro, me leía poemas. Nos pasábamos tardes enteras leyendo unos libros gruesísimos. Hoy extraño todos esos gratos momentos, sin embargo, a pesar de que ya no compartimos, como antes, esos tiempos sublimes, amo a mi abuelo como si él fuera mi padre. Cosas de la vida: El Aprendiz no es ni mi abuelo ni mi padre, pero estoy seguro él me ama, también, como si yo fuera su propio hijo.

Cuenca. 09/05/2015